

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 920.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

El wagon-ambulancia y el wagon-fragua; grabados. — La literatura italiana. — Anuncio de la prisión de los propagadores de noticias falsas; grabado. — Salida de la ambulancia de la prensa francesa; grabado. — Revista de París. — Poesías. — La Guerra Ilustrada; grabados. — Aspecto de Saverna durante la retirada del mariscal MacMahon; grabado. — Panorama de la línea del Sarr; grabado. — Escenas de la vida inglesa. — Combate de Saarbruck; grabado. — Panorama de Wissemburgo; grabado. — De Villahermosa á la China. — Llegada de un convoy de heridos á la estación de Metz; grabado.

El wagon-ambulancia y el wagon-fragua.

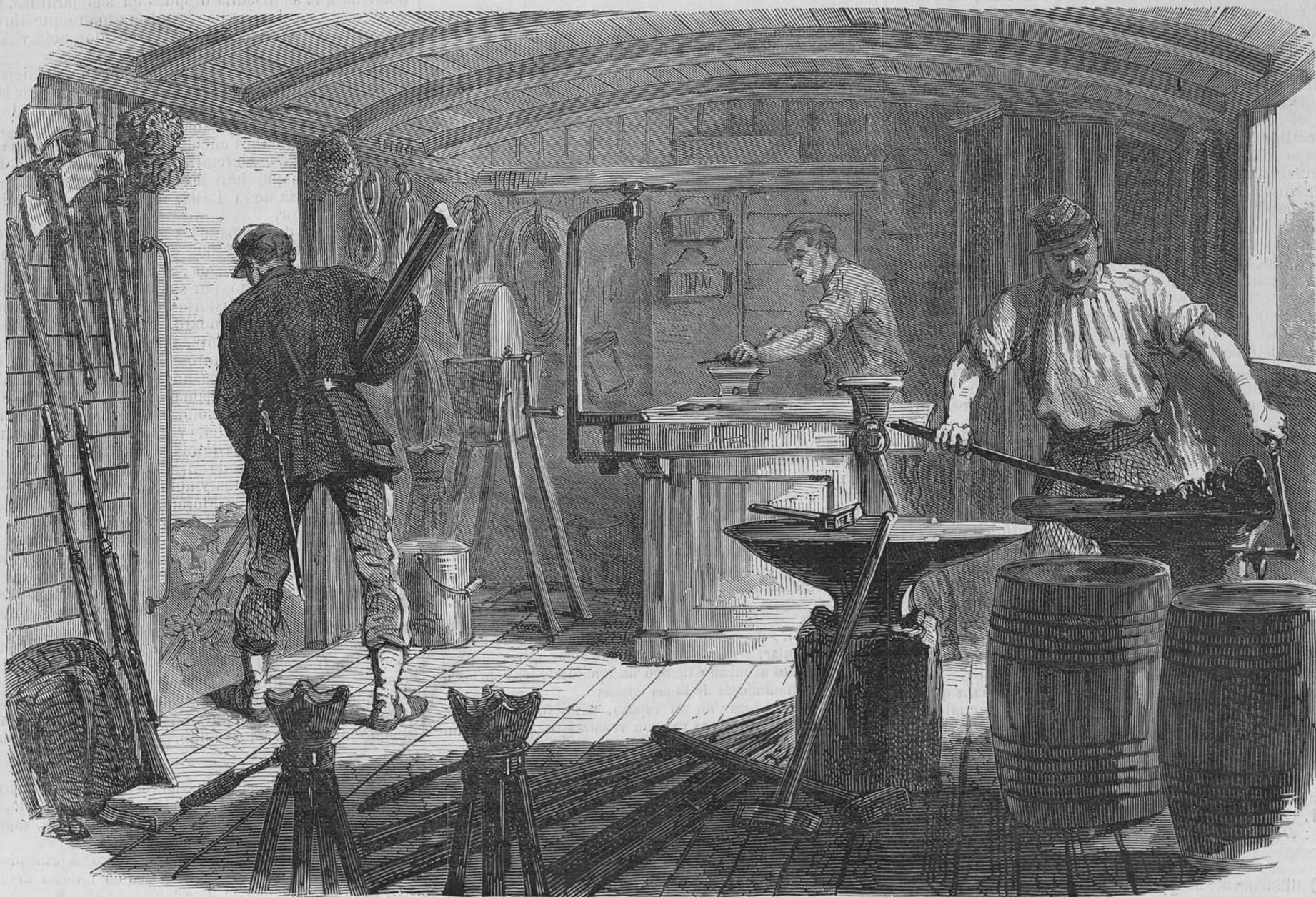
Desde el principio de la guerra se ha tratado en Francia de la suerte de los heridos del ejército. Al lado de las ambulancias de cada division, se han organizado ambulancias voluntarias destinadas á suplir la insuficiencia de las primeras. Estas ambulancias trasportan á los heridos á los hospitales de sangre ó á las casas particulares en donde hay camas preparadas.

La compañía del ferro-carril del Este ha dispuesto su material de modo que los heridos puedan instalarse lo

mas cómodamente posible. Ha hecho adaptar á los wagones unas agarraderas movibles de las que cuelgan las hamacas, por manera que un hombre puede llegar al hospital en la misma cama en que le tendieron cuando le recogieron en el campo de batalla, lo que es importantísimo. En la página 148 verán nuestros lectores el wagon-ambulancia, segun le ha instalado M. Dietz, ingeniero de la compañía.

El que representamos en esta página es un wagon-fragua, que contiene un material completo para destruir y gobernar las vias férreas.

Por decreto del 22 de julio último, se ordenó la for-



Wagon-fragua con el material necesario para destruir y gobernar los ferro-carriles.

macion de un batallon de obreros militares. La compañía del Este ha constituido el nuevo servicio con sus propios recursos, apelando para ello á aquellos de sus empleados sujetos al servicio de la guardia móvil, y á la buena voluntad de los restantes. Así ha reunido rápidamente un efectivo de 600 hombres, todos obreros escogidos, carpinteros, herreros, etc., y todos con el uniforme de la guardia móvil.

El batallon de los ferro-carriles dispone de cuarenta y cuatro wagones, como el que representa nuestro dibujo. Todos ellos están cargados de lo que se necesita para atender á las primeras reparaciones. P. P.

La literatura italiana.

El idioma italiano, rico, enérgico y armonioso, dócil á todos los tonos y ritmos, no se conoció, sin embargo, en Europa hasta la segunda mitad del siglo XIII, época en que Cataluña, Provenza y Castilla habian ya visto nacer varios poetas, y se cultivaba en el Norte de Francia la lengua d'ail. Nacido el italiano en las clases bajas, sujetáronle á ciertas reglas los trovadores sicilianos, tales como Ciullo d'Alcamo, Federico II, Mazzeo di Ricco, Oddo delle Colonne y otros, contemporáneos todos de los dos Rugieros y de entrambos Guillelmos (1128-1187). Con todo, no eran estos ensayos suficientes para asignar al italiano un lugar entre los otros idiomas mejor conocidos, honor que estaba reservado al ingenio de Dante. Ya en vida de este hombre célebre la Italia encerraba en su seno á una multitud de poetas, cuyos nombres mas distinguidos son los de Todi, Barberino, Cecco d'Ascoli, Cino da Pistoja, Fazio degli Uberti, Fra Guittone, Vanati, etc.; sin embargo, todos sus esfuerzos reunidos, hecha aun honorífica mención de Cino da Pistoja, el mas correcto de ellos é inventor del soneto, habian apenas bastado á sacar de pañales la lengua patria.

Mostróse Dante y eclipsó á aquellos pequeños lumineros. Nacido en Florencia en 1265 de la distinguida familia de los Alighieri, cuidadosamente educado en ella y armado de un profundo conocimiento de los clásicos griegos y latinos, habiase ya dado á conocer con ventaja con algunas composiciones escritas en este último idioma, cuando una circunstancia imprevista hizole concebir la idea del poema inmortal que mereció el nombre de *Divina comedia*.

Al mismo tiempo que entusiasmaban en Paris los *Misterios* y *Moralidades* de los hermanos de la Pasión y de los *cleres de la Basoche*, dábanse en las grandes fiestas de Florencia representaciones de igual ó parecido género, á ejemplo de la *Gloria de los bienaventurados*, del *Castigo de los réprobos*, etc. Corria el primero de mayo de 1304, cuando se ofrecieron á la vista de un pueblo inmenso, en el mismo álveo del Arno, las *Bocas del infierno*; de cuya representación verdaderamente terrible quedó tan dominado Dante, que en breves dias produjo su imaginación exaltada el primer libro de su poema, al cual no tardaron en suceder los otros dos para formar juntamente con él una reputación indeleble á su autor. Encierra este poema, dividido en tres argumentos, el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, pero uno en la realidad, tanta porción de alusiones, anécdotas del tiempo en que fué escrito, y antiguas sentencias y dichos que hacen indispensables para su lectura é inteligencia numerosos comentarios en que se han ocupado literatos de todas épocas, y últimamente M. Biagioli. El plan general de la obra es como sigue: Supone Dante que, hallándose extraviado en un desierto por la Pascua del 1300, encuentra en él á Virgilio, objeto de su admiración, por el cual es conducido á los infiernos, y de estos al purgatorio y paraíso. A los criminales que, segun su modo de ver, merecieron el castigo de las llamas, cólcalos en los infiernos, al paso que se muestra igualmente justo con los personajes que sitúa en el purgatorio y paraíso, donde se le aparece tambien Beatriz, idolo de su constante amor, y cuya pérdida lloraba aun.

Este poema rebosa de fuerza y colorido, y de la primera á la última estancia revela el ingenio creador, el gran poeta. Hecha abstracción de algunos versos que pecan de prosáicos, su estilo es generalmente robusto y enérgico, y donde quiera la elevación de los pensamientos y la pureza del lenguaje ofuscan la palidez y monotonia del argumento. Tan enérgico como es, no es menos sublime, como lo prueban varias pinturas que en él se contienen, capaces de sacudir el ánimo mas apático, tales como la del conde Ugolino, que murió en una cárcel de hambre, despues de haber recibido en sus brazos los cadáveres de sus cuatro hijos, muertos tambien de necesidad; la de *Francesca da Rimini*, y otros cuadros no menos sentidos.

Escribió Dante su poema, al cual se dió ignora por qué razon, el nombre de comedia, en tercetos (*terza rima*, *terzetti*); pero no valió su autoridad para que le siguiesen en esta parte sus sucesores, los cuales, á excepcion del Trissino en su *Italia libertada*, escribieron sus epopeyas en octava rima.

En el órden político ocupó Dante empleos de importancia en la republica de su pais natal, del que le desterraron las facciones, habiendo muerto en Ravena en 1321. Consérvase una obra suya en prosa latina, titulada: *De la elocuencia de la lengua vulgar* (1).

(1) Últimamente se ha restaurado un opúsculo suyo, inti-

Un contemporáneo de Dante, llamado Ricordato Malaspina, dió, en su *Historia de Florencia* (1280), á la prosa italiana la misma pulidez que la diera aquel en el verso. Este prosador fué el primero que escribió en lengua *cartegiana*, «lenguaje de las cortes ó correcto.»

Puede decirse que Dante creó el idioma italiano, mas quien le elevó al último grado de perfección é hizo lo clásico para todos los italianos, fué Petrarca. Este poeta, tan famoso como sus predecesores, nació en Arezzo en 1304. El 6 de abril de 1327, vió por primera vez á Laura de Noves, hija de los alrededores de Aviñon y esposa de Hugo de Sades, y desde este dia concibió por ella una violenta pasión. Para estirparla de su pecho, sin embargo de que nada tenia su amor de material, recorrió la Italia, la Alemania y la España, cantando por todos estos paises en verso á *madonna Laura*, antes y despues de la muerte, acaecida en 1348, de esta beldad, cuyo nombre hizo eterno. Consagróla trescientos diez y ocho sonetos y mas de ochenta *canzoni*, notables por la corrección y elegancia de estilo, por las vivas imágenes sembradas en ellas y por la pureza de sentimientos del autor. Hizola además un epitafio, y es el soneto que empieza con este verso: «Qui riposan le caste é felici ossa.»

Los críticos suelen preferir las canciones de Petrarca á los sonetos del mismo: aquellas se acercan mucho á la oda antigua, particularmente la en que exhorta al obispo de Lombez á la cruzada para libertar los Santos Lugares... «Chiunque alberga tra Garonna e'l monte.»

Sus poemas alegóricos, que intituló *Trionfi*, como los triunfos de la Castidad, del Amor, de la Muerte, etc., aunque llenos de sublimidad y estro poético, son sin embargo inferiores á sus demás composiciones, entre las cuales merece un lugar el poema latino que, con el título de *el Africa*, y para celebrar las victorias del primer Scipion, escribió Petrarca.

Durante la eterna lucha de güelfos y jibelinos, su familia, como lo fuera años atrás la de Dante, fué desterrada de Toscana, adonde no quiso ya volver en todo el decurso de su vida, sin que valieran á ablandarle las instancias de los propios Florentinos que diputaron con este objeto á su amigo el célebre Bocacio. Pudieron calmar el dolor de tan injusto destierro las pruebas de aprecio que le dieron los papas, los emperadores de Alemania, los reyes de Francia, muchos de los soberanos de Italia, y todos los grandes hombres de la época. Justo objeto de la universal admiración de Europa, coronósele á 8 de abril de 1344 en el Capitolio por mano del senador de Roma. Pasados algunos años, murió repentinamente en Arqua cerca de Padua (18 de julio 1374), donde se le elevó un sarcófago de mármol blanco encima de una de sus pilastras este epitafio, atribuido á él mismo:

Inveni requiem: spes et fortuna, valet;

Nil mihi vobis cum est: ludite nunc alios (1).

El siglo XIV fué muy brillante para la literatura italiana. Despues de Dante y al lado de Petrarca aparece lleno de gloria, en clase de prosista, Juan Bocacio, que en 1313 nació en Paris de un mercader florentino, transeunte en aquella ciudad por negocios comerciales. Pronto se trasladó á Florencia, donde á los siete años de edad hacia ya versos. Establecido mas tarde en Nápoles, relacionóse con María, hija natural del rey Roberto de Anjou, de costumbres algo desenvueltas, que es la que, bajo el nombre de *Fiammetta*, celebra en sus escritos, y la misma que le inspiró el *Decamerone*, ó coleccion de Cien Novelas que han servido á La Fontaine para varios de sus cuentos. Supone Bocacio en esta obra, que durante la terrible peste de Florencia en 1348, una reunion de diez personas entre hombres y mujeres que se habian retirado al campo huyendo de aquella plaga, se impusieron la obligacion de contar cada uno por turno de diez dias una novela. Las principales dotes que las recomiendan y las han hecho clásicas por el estilo, son la naturalidad, la corrección y la elegancia, y el trozo que de ella se cita como un modelo de elocuencia histórica, la *Descripcion de la peste de Atenas* hizo Tucídides (2).

Compuso igualmente Bocacio dos romances ú otras dos novelas (en español, las Cien Novelas propiamente debieran llamarse *Cuentos*), la *Fiammetta* y el *Filocopo*, la primera de las cuales, que contiene las aventuras galantes de la princesa María, deseosa, segun parece, de tan rara celebridad, fué recibida con gran entusiasmo. Muerta tan galan princesa, vistió su protegido el hábito eclesiástico en 1361, y catorce años despues mu-

tulado *la Vita nuova*, que ha dado mucha luz sobre su biografía particular, y no dejando duda de sobre quién fué Beatriz, ha puesto al mismo tiempo de manifiesto los delirios de muchos comentadores de todas épocas

(1) «Hallé el lugar de mi reposo, adios fortuna y esperanza, nada tengo ya que ver con vosotras, id ahora á sonreír á otros.» — Sobre la fama de Petrarca están discordes los críticos; quién la atribuye toda á su mérito como poeta, quién, como Sismondi, no hallando en sus poesías motivo bastante para un renombre tan grande y general, atribuye parte de él á su afán por restaurar las letras antiguas, ciertamente muy meritorio en la época.

(2) Alejandro Manzoni ha igualado si no sobrepujado á entrambos en la descripción de una peste, resultado de una carestía, en su novela de *I promessi sposi*.

rió en Certaldo, pequeña población de Toscana, de donde procedia su familia.

Débase á Bocacio la *octava rima*, estancia épica particular de los italianos y españoles, que el mismo ensayó, no con el mejor éxito en sus dos poemas *Teseida* y *Filóstrato*. Débasele tambien la afición al estudio del griego, abandonado completamente en Italia hasta que él lo hizo revivir (4).

Tuvo Florencia por igual época tres grandes historiadores de una misma familia y de apellido Villani; el mayor, Juan, murió en la primera peste de 1348; su hermano menor Mateo fué víctima de la segunda en 1361; Felipe, hijo de este, continuó la historia de su padre hasta 1364, y además escribió la *Historia literaria de Florencia*.

Otros dos poetas contemporáneos de Petrarca, tambien gozaron como él los honores de la incoronación; fueron estos Zanobi da Strada, á quien coronó en Pisa el emperador Carlos IV en 1355, y Coluccio Salutati, que murió á los setenta y seis años de edad en 1406, la víspera de la ceremonia, por lo cual y á semejanza de lo que mas tarde se hizo con el Tasso, colocóse sobre su tumba la corona que la muerte no le permitiera ceñir.

Entre los escritores de prosa, Franco Sacchetti, nacido en Florencia en 1332, se dió á conocer como un feliz imitador de Bocacio en sus *ciento y cincuenta Novelas*, al mismo tiempo que otros dos poetas célebres. Fazio degli Uberti y Federico Strada, se esforzaron en seguir las huellas de Dante. Escribió el primero el *Dettamondo* ó descripción del universo, y murió en 1400; el segundo, obispo de Foligno y pasado á mejor vida en el concilio de Constanza, compuso el *Quadrigerio* ó descripción de los vicios y virtudes.— Esto por lo que toca al siglo XIV.

El siglo XV, no muy rico bajo el punto de vista literario, lo es en sumo grado bajo el científico. Las ciencias tuvieron en toda Italia protectores: en Roma, los doctos papas Nicolás V y Pio II (1447-1464); en Milan Felipe María Visconti y Francisco Sforzia; en Mantua los Gonzagas; los marqueses de Este en Ferrara; y mas que todos ellos Cosme de Médicis en Florencia, y Alonso V de Aragon en Nápoles, las dieron un impulso altamente progresivo.

Aquel rico comerciante que hizo suya la constitucion de su pais y legó á sus hijos el cetro de la Toscana, Cosme de Médicis, dueño del crédito monetario de Europa é igual á los reyes que no se desdeñaban de tratar con él, en medio de sus vastos proyectos, daba entrada y asilo en su casa á todos los sabios de la época. Sus oficinas, que se extendian por toda la Europa y el Oriente, estaban á la vez consagradas al comercio y á las letras, y numerosos buques de propiedad traian de Constantinopla, Esmirna y Alejandría, envueltas en las mercaderías, ricas colecciones de manuscritos griegos, siriacos, caldeos, etc. Por su influjo se reemplazó en las escuelas la doctrina de Aristóteles con la de Platon, doctrina que se discutia despues en sus jardines, convertidos en academias por la misma mano que abria en igual tiempo bibliotecas públicas en Florencia y Venecia.

No cedia en celo científico á Cosme de Médicis, Alfonso V rey de Nápoles: en su corte, como en la del Toscano, se reunian los hombres distinguidos de Europa, y las musas expulsadas de Constantinopla por los bárbaros musulmanes encontraban en ella honrosa acogida. Sus amigos, secretarios y consejeros eran todos varones sabios que han legado su nombre ilustre á la historia literaria de la Italia, donde figuran al lado de su real protector.

A este siglo de oro para las ciencias pertenecen Guarino de Verona (1370-1460), célebre por su solicitud en buscar manuscritos griegos; el Siciliano Juan Aurispa, cuya fama se extendió por sus lecciones y las traducciones que hizo de la historia de Prócopo, de las poesías de Calimaco (2), de Píndaro, Apiano y Orfeo, de las obras de Platon, Jenofonte, Luciano y de la geografia de Strabon, sin contar otros menos importantes; á los cuales deben juntarse los nombres de Ambrosio Traversari, general de los Camáldulos (1386-1439), discípulo del sabio griego Crisóloras que la munificencia de Alfonso V retuvo en Italia, y fundador posteriormente de la escuela de Bellas-letras y Filosofía en Florencia; el de Leonardo Bruno de Arezzo (1369-1444), discípulo igualmente de Crisóloras y autor de varias poesías latinas, de una historia de Florencia y de algunas traducciones del griego; el de Poggio Bracciolini (1380-1459), que estudió bajo la dirección del famoso Juan de Ravena y del ya citado Crisóloras y continuó la historia de su amigo Leonardo. Este Poggio trajo de sus frecuentes viajes un gran número de manuscritos preciosos que hubo de monges ignorantes ó interesados en proteger la ignorancia, los cuales los habian abandonado para pasto á los gusanos ó á la impresión destructora de la humedad de sus conventos; son producto de sus pesquisas Quintiliano, Valerio Flaco, Vitruvio, etc. Escribió Bracciolini un libro licencioso intitulado *le facezie* (facecias ó chistes) en que se desencadena injustamente contra los hombres recomendables por su

(1) M. Bocous olvida aquí citar el *Corbaccio* ó *Laberinto d'amore*, obrita en la cual Bocacio, como dice Fóscolo, agitado por las pasiones y libre del prestigio del arte, supo escribir en una lengua rápida y natural.

(2) Hugo Fóscolo no se desdeñó tampoco á principios de este siglo de ser traductor de Calimaco en *Chioma di Bere-nice* (trenza ó cabellera de Berecine).

saber, tales como Filelfo, Walla, Jorge de Trevisonda y varios otros. El primero de estos, Filelfo, de un carácter tan cáustico como el de Poggio, no se hizo menos enemigos que su rival: vano, orgulloso é ingrato, se olvidó hasta el extremo de premeditar el asesinato de Cosme de Médicis, su amigo y favorecedor.

Walla, dependiente del rey Alfonso, abrió en Nápoles una escuela de elocuencia griega y latina y compuso varias obras de historia, crítica, dialéctica y filosofía moral, entre las cuales fueron las más famosas la Historia de Fernando, rey de Aragón y padre de Alfonso, y las elegancias de la lengua latina. Murió en 1417.

De tan vasta erudición sin embargo se resintieron la elocuencia y el buen gusto hasta la época de un grande hombre entre los de su siglo, Lorenzo de Médicis, apellidado el Magnífico, jefe de la república Florentina y restaurador de la literatura italiana (1448-1492), en la que por obra propia efectuó una especie de revolución. Monarca y poeta á un tiempo, escribió, antes de haber llegado á los veinte años, sus primeras composiciones en las cuales no dejan de brillar la gracia é invención. Cítanse entre sus obras más famosas primeramente *L'Amra*, poema en que celebra los jardines que hizo plantar en una isla de este nombre, los cuales se llevó una inundación del Ombrone; la *Nencia di Barberino*, nombre de una aldeana cuya belleza celebra en el lenguaje rústico de Toscana; *L'Altercazione* (altercado ó disputa), composición filosófica y moral destinada á exponer los principios de la doctrina de Platón; *I Beoni* (bebedores ó borrachos), sátira contra los excesos del vino; luego *cauzoni* que entonaba él mismo en las fiestas triunfales con que regocijaba á su pueblo; finalmente, *oraciones é himnos sagrados*. De este modo llenaba Lorenzo de Médicis los vacíos que le dejaba su política, señora entonces de toda Italia y la protección que por otra parte dispensaba á las letras y artes, las cuales le son deudoras del estímulo con que supo animar al gran Miguel Ángel (muerto en 1513), pintor en uno, escultor, arquitecto y poeta.

El nuevo impulso que Lorenzo el Magnífico acababa de comunicar á la poesía italiana, dió los más felices resultados y produjo una porción de talentos dignos de atención. Ángel Ambrogini, más comunmente conocido bajo el nombre de Poliziano, nació en 1454 en una aldea de Toscana de nombre Monte Pucilano, y trece años después se dió á conocer con epigramas latinos y griegos. Honrado con la protección de Lorenzo de Médicis, se aplicó al estudio de la filosofía, de la jurisprudencia, el de las antigüedades y bellas letras y adquirió gran reputación por un poema en octavas intitulado *la Giostra di Giuliano* (justa ó torneo), donde canta la victoria que en él ganó el tercer hijo de su protector, de nombre Juliano, en armoniosos versos llenos de colorido y sembrados de risueñas imágenes y rica poesía. La descripción que en este poema hace de la isla de Chipre pudo más tarde servir de modelo á Ariosto para pintar los jardines de Alcina, y á Tasso para los de Armida. Desgraciadamente dejólo incompleto y solo llega á la octava ciento y cincuenta. Además, escribió Poliziano en latin una historia de la *Conjuración de los Pazzi*, y dió á la prensa varias producciones también latinas de historiadores y poetas griegos y cuatro poemas bucólicos. Algo más también.

Habia á la sazón cundido en Italia la afición á los espectáculos, y en Ferrara, Roma, Milan y Nápoles se representaban las comedias latinas de Plauto y Terencio, sin embargo de que al principio eran muy raras estas representaciones, pues se daban lo más dos veces al año. El autor de quien hablamos avivó este gusto naciente y creó la poesía pastoral en su *Ofoo*, fábula trágica en cinco actos y en verso, primer ensayo del teatro italiano.

Es de notar que la compuso á la edad de diez y nueve años y en solos dos días. Representóse en la corte de Mantua (1483) en celebridad de la vuelta del cardenal Gonzaga. Murió Poliziano á los cuarenta y nueve años en 1494: habiéndose preceptor de los hijos de Lorenzo el Magnífico, de los cuales Juan ciñó más tarde la tiara bajo el nombre de Leon X.

Fueron contemporáneos de Poliziano dos célebres poetas épicos. Luis Pulci, autor de *Mongante il maggiore* (1431-1487), poema en veinte y ocho cantos y en octavas, cuyo verdadero héroe es Roldán ó Rolando; mezcla cómico-séria, estimada aun por su estilo fácil y versificación elegante.

Casi por igual tiempo el conde Boyardo, cortesano del duque Hércules V de Ferrara, (1430-1493) publicó su *Orlando amoroso*, poema en que celebra las guerras de Carlomagno contra los sarracenos. Como Pulci, tomó el asunto de su composición de los romances caballerescos, y formó una obra llena de interés é imaginación, si bien de estilo frecuentemente bajo y descuidado. Murió el conde antes de dar cima á su poema, que refundió sesenta años después Berni (1534).

A la muerte de Boyardo, contaba veinte años Ludovico Ariosto, uno de sus más apasionados admiradores. Nació en Reggio por los años de 1474, y su padre, gobernador de esta ciudad en nombre de Borso de Este, duque de Ferrara, le destinó al principio á la jurisprudencia, pero más tarde le permitió seguir su inclinación á la literatura. Dióse á conocer en el dominio de esta con la *Cassaria*, primera comedia italiana que se tiene noticia, ó por lo menos contemporánea de la *Calandria* del cardenal Bibbiena. Como quiera, la escribió en Roma en 1502, y pronto la hizo seguir de *I Suppositi* ó los nombres supuestos.

Estas comedias, igualmente que otras tres del mismo autor, posteriores á ellas, están en gran parte calcadas

sobre las de Plauto y Terencio: de vuelta á Ferrara y nombrado en su corte gentilhomme del cardenal Hipólito de Este, hijo segundo del duque Hércules I, sucesor y hermano de Borso, empezó á escribir su famoso poema de *Orlando furioso*, que es una continuación del ya mencionado del conde Boyardo. Su primera edición, hecha en 1516, fué recibida con entusiasmo universal. Este poema, cuyos personajes son los paladines de Carlomagno y los más famosos guerreros sarracenos, contiene cuarenta y seis cantos, cuatro mil ochocientos treinta y una octavas y treinta y ocho mil seiscientos cuarenta y ocho versos, prueba sin duda bien palpable de la imaginación extraordinaria y de la prodigiosa facilidad de su autor. Aun en vida de este se hicieron en poco tiempo cuatro ediciones del Orlando y se reprodujo en todas las lenguas extranjeras.

Ariosto es el primero que llegó á la sublimidad de la epopeya en lengua romance, pero por haber, á ejemplo de Pulci y Boyardo, mezclado en la suya, con el relato de acaloradas batallas, cuentos risibles, escenas verdaderamente sublimes con aventuras galanas, parece que su obra debe tenerse más bien por una novela escrita en hermosos versos que por un verdadero poema épico. Parece también haberlo conocido él mismo por lo que en la invocación promete al lector:

Le dame, i cavalier, le arme. gli amori,
La fellonie, la audaci imprese io canto,
Che furo al tempo che passaro i Mori
D'Africa il mare in Asia nocquer tanto: etc. (1)

Con todo, es preciso confesar que el genio selló su obra. Todos sus personajes interesan, tanto Carlomagno, Rolando, Rugiero, Reinaldo, Astolfo, como Gradano, Sacripante, Fleurdelis, los dos guerreros Bradamantes, Marfisa, etc., y su versificación se distingue sobremedida por la gracia, elegancia, robustez, nobleza de estilo, variedad en las imágenes y grandeza en los pensamientos.

Hase dicho erradamente que Ariosto no castigaba sus escritos. En Ferrara se conservan manuscritos del Orlando cuyas márgenes están cubiertas de correcciones hechas por mano propia del autor que las continuó hasta su muerte.

Débenle también sátiras, sonetos, madrigales, etc. Murió en 1533, habiendo sido coetáneo de Miguel Ángel Buonarroti y de Rafael de Urbino.

La gloria de que acababa de cubrirse el Ariosto excitó la emulación de los poetas que inundaban entonces la Italia; así es que casi todos quisieron ensayarse en el género épico y cantar los paladines de la Tabla-Rondada.

Alamanni (1495-1556), primero protegido de los Médicis, y conspirador luego contra ellos en compañía de su amigo Maquiavelo, de quien fué también compañero de destierro, fué á Francia, donde obtuvo un destino diplomático de Francisco I, cuyo hijo Enrique II continuó dispensándole su protección en la misma carrera. Dió á luz un poema llamado *Girone il Cortese*, que fué bien acogidos más á lo que verdaderamente debió Alemanni su reputación fué á su otra obra en versos libres, intitulada la *Cultura*.

Pero pronto le eclipsó otro poeta de talento superior al suyo: queremos hablar de Bernardo Tasso, que publicó en 1559 su *Amadis*, en cien cantos. Nada se permite en él el autor que no sea heróico y serio, sus versos son graciosos, correctos, bien que demasiado sobrecargados de figuras, por lo cual y por otros motivos la lectura de este poema no es de mucho tan interesante como la del de Ariosto. Era Bernardo Tasso gentilhomme de Bérgamo, y en 1531 habia entrado al servicio de

(1) Damas, Armas, Amor, empresas canto:
Caballeros, esfuerzo y cortesía
De aquel tiempo, que á Francia dañó tanto
Passar Moros el mar de Berueria:

Así traduce el capitán don Gerónimo de Urrea en aquella versión de Orlando de que habla Cervantes en el capítulo VI del *Quijote* en estos términos... «al cual si aquí le hallo, (á Ariosto), y que habla en otra lengua que la suya, no la guardaré respeto alguno... y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor... » etc. De la misma decía antes que Cervantes Diego de Mendoza: «¿Y don Gerónimo de Urrea no ha ganado fama de noble escritor, y aun según dicen muchos dineros (que importa más) por haber traducido á *Orlando Furioso*, y por haber dicho, donde el autor decía *cabaglieri*, decir él *caballeros*, y por decir donde decía el otro *arme, armas*, y donde *amori*, amores? pues de esta arte yo me haría más libros, que hizo Matusalen. «Esta traducción debió hacerse, si no en vida del mismo Ariosto á pocos años de su muerte, lo cual confirma lo que de su celebridad dice M. Bocous en el apartado anterior. Confírmalo no menos otra traducción en prosa que hemos visto del Orlando de Ariosto, por Diego Vazquez de Contreras, impresa en 1585, cincuenta y dos años después de fenecido el Ferrarés. Nuestra traducción de Urrea es de 1578, pero es ya á lo menos segunda: la primera la hemos visto, pero sin data de impresión. Dedicala Urrea á Felipe, que no puede ser otro que el que subió al trono en 1557 con el nombre de segundo; mas los dictados de Serenísimo y Príncipe hacen sospechar que se la habia ofrecido antes de esta época, siendo aun solo heredero presunto de la corona.

Fernando de San Severino, príncipe de Salerno, que le destinó á Sorrento, donde le nació de Porcia su esposa el insigne Torcuato Tasso, de quien hablaremos en la época con que más particularmente está enlazado. Alzóse el amo de Bernardo Tasso contra la dominación española, por cuyo hecho hubo de emigrar, acompañándole el último. Este se estableció en seguida en la corte del duque de Urbino, de donde pasó á la de Mantua, lugar en que dió el alma á Dios en 1569.

Tras tantísimos poetas épicos, un hombre de un saber inmenso, pero falto de inspiración, llamado Jorge Trissino é hijo de Vicenza (1478), emprendió la composición de un poema en que se esforzó para imitar á los antiguos.

Empleó en él veinte años, al cabo de los cuales apareció en 1517, con el título de *Italia liberata da Goti*. A pesar de la manifiesta nacionalidad del asunto y del talento con que está concebido el plan, este poema de Trissino, cuyo héroe es Belisario, ha sido en todas épocas juzgado muy inferior á cuantos le precedieron. Falta en él acción, tampoco hay interés, y su versificación (endecasílabos libres), fría, poco cadenciosa y sin colorido, no tiene más mérito que el de ser minuciosamente limada.

Más feliz que en la *Italia* fué en la *Sofonisbe*, primera tragedia regular escrita en una lengua viva; procuró en ella imitar á Eurípides, de quien no sería indigna la escena en que muere aquella. La versificación de esta tragedia es más numerosa y poética que la de la *Italia libertada*. Ocupó Trissino diferentes empleos en la república de Venecia, donde, después de haber excitado el talento de Paladio, murió en 1550.

Un amigo particular y de escuela del anterior, Juan Rucellai, florentin (1475-1523), procuró, con la autoridad y el ejemplo, introducir en la poesía moderna la imitación clásica de los antiguos; á pesar de esto, sus dos tragedias, *Rosmonda*, esposa de Alboino I, rey lombardo, y *Orestes*, carecen de interés y acción; siendo sus únicas prendas la pureza del lenguaje y la belleza de algunos versos.

Mejor poeta se mostró en el poema de las *Abejas*, cuyas descripciones son todas animadas y la versificación igualmente fácil, pura y armoniosa. Llegado Rucellai á edad madura, tomó órdenes eclesiásticas y entró á servir á los papas Leon X y Clemente VII.

Desde la última mitad del siglo V hasta fines del VI, rivalizaba y aun aventajaba la Italia al resto de Europa en riquezas literarias. La poesía lírica en particular, hacia rápidos progresos.

Entre los varios que la cultivaron, es justo colocar en primera línea á Jaime Sannazar, napolitano (1438-1530), que en la égloga se hizo digno imitador de Virgilio. La *Arcadia* de este autor, publicada en 1504, es una pastoral en prosa, destinada á enlazar doce escenas campestres terminadas por otras tantas églogas entre los pastores de la Arcadia. De ellas la mayor parte tienen formas elegantes, graciosas y encierran bellezas clásicas, así en el estilo como en los sentimientos é imágenes, cualidades que han inmortalizado el nombre de su autor.

Publicó también sonetos y canciones en que sostiene su buen nombre, y además bajo el académico de Actius Sincerus dió á luz algunas poesías latinas. Pero lo que justamente le ha hecho célebre es ante todo su *Arcadia*, de que han parecido más de sesenta ediciones. Docto en las letras latinas y griegas, granjeóse Sannazar la protección de los reyes de Nápoles, de la casa de Aragón, la de Fernando I, Alfonso II y Federico II, al cual acompañó á su destierro á Francia (1504-1503), permaneciendo á su lado hasta su última hora.

Después de muerto Federico, se retiró á un pueblecito de cerca del Vesubio y en él terminó su gloriosa carrera. Descansan sus cenizas en un mausoleo contiguo al del cantor mantuano á quien eligiera por modelo.

Tuvo esta época un Mecenas de la literatura y artes, el cardenal Bernardo Dovizzi (1470-1520), más conocido por el cardenal Bibbiena, nombre que debió á la corta población de Toscana en que naciera de una familia oscura. Fué tan famoso por su instrucción como por su generosidad, y solo el mérito le sirvió de escala para su elevación.

Protegióle el príncipe Juan de Médicis, que convertido después en Leon X, le confió misiones de importancia; fué una de ellas ir á Francia, donde Francisco I le nombró obispo de Coutances y le distinguió con varios empleos.

Probaron su liberalidad los poetas latinos Sanga (muerto en 1520), Paleotti (en 1530), Molza (en 1540), imitador feliz de Tibulo; el docto Sadolet (en 1547), Miguel Ángel, Rafael de Urbino, y otros y otros. Escribió Bibbiena diversas obras apreciables; entre otras la comedia *Calandria*, representada en la corte de Urbino en 1508, época en que se estrenó también la *Cassaria* de Ariosto, compuesta en 1503: son las dos primeras comedias escritas en italiano y según las reglas de los antiguos.

Es la *Calandria* una imitación de la *Menecmos* de Plauto, que Regnard reprodujo en francés en 1705, y más tarde Cailhava; las mismas que sirvieron de norma á Shakspeare para su *Gentilhombre de Verona* en 1560, y que se tradujeron ó imitaron últimamente en francés para representarse en el teatro del Odeon, en el cual aparecieron en efecto el año de 1847 con el título de *le Frere et la Sœur jumeaux* (Hermano y hermana gemelos).

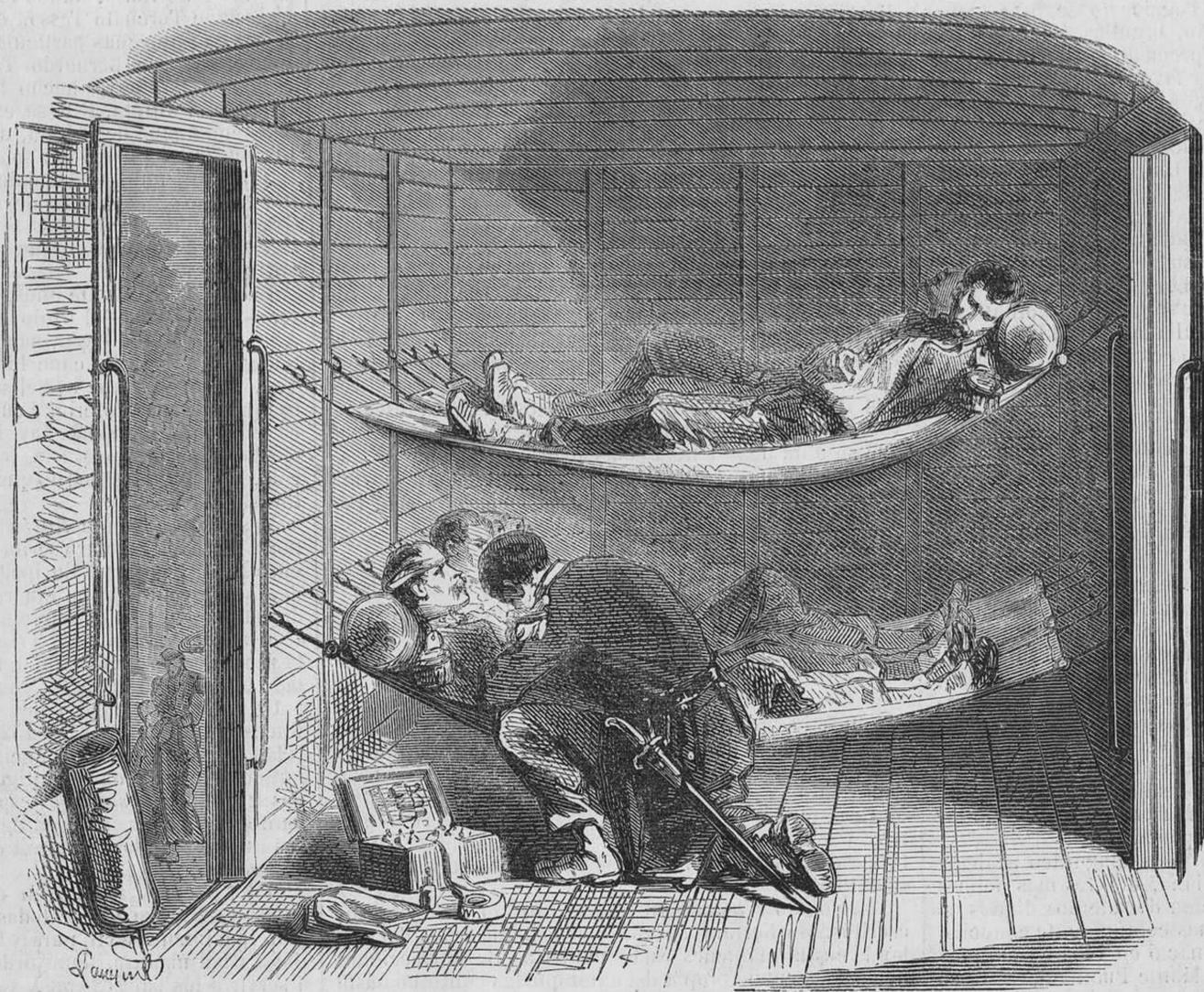
Otro de los protegidos del cardenal Bibbiena fué Francisco Berni (1490-1536), de una noble familia de Lam-

porecchio, cerca de Florencia. Tuvo á su cargo durante muchos años la secretaría de la Datería apostólica, y vuelto á Florencia se introdujo en la corte de los Médicis. Habiéndose resistido á la orden del ferroz-gran-duque Alejandro, que le habia encargado que envenenara á su primo el cardenal Hipólito de Médicis, hubo de beber él mismo el veneno, género de muerte con que á poco acabó el citado cardenal.

Berni estaba muy versado en los clásicos griegos y latinos, en cuyas dos lenguas compuso versos. Refundió el *Rolando* de Mateo Boyardo, dándole una forma tan cómica, que él mismo no puede menos de reirse de las cosas extravagantes que en él cuenta. Su nombre prestó denominación en toda la Italia al estilo burlesco, que aun en el día se llama *bernesco*.

Berni versificaba con esmero y elegancia, distinguiéndose por sus sales y dichos picantes. Dió á luz varias sátiras y fué uno de los enemigos mas encarnizados del demasiado famoso Aretino. Pedro Bembo (1) fué uno de los escrito-

(1) Observaremos de paso que al mismo tiempo que Boscan y Garcilaso introducían en España el gusto y ritmo de la poesía italiana, Bembo hacia conocer en Italia los de la cas-



Wagon-ambulancia para el transporte de heridos.

res mas apreciables de este siglo. Elevóse á historiador tellana. Con su ejemplo aclimató en Italia la redondilla, la décima, y otras estancias y versos españoles.

(Nota de M. Bocous).

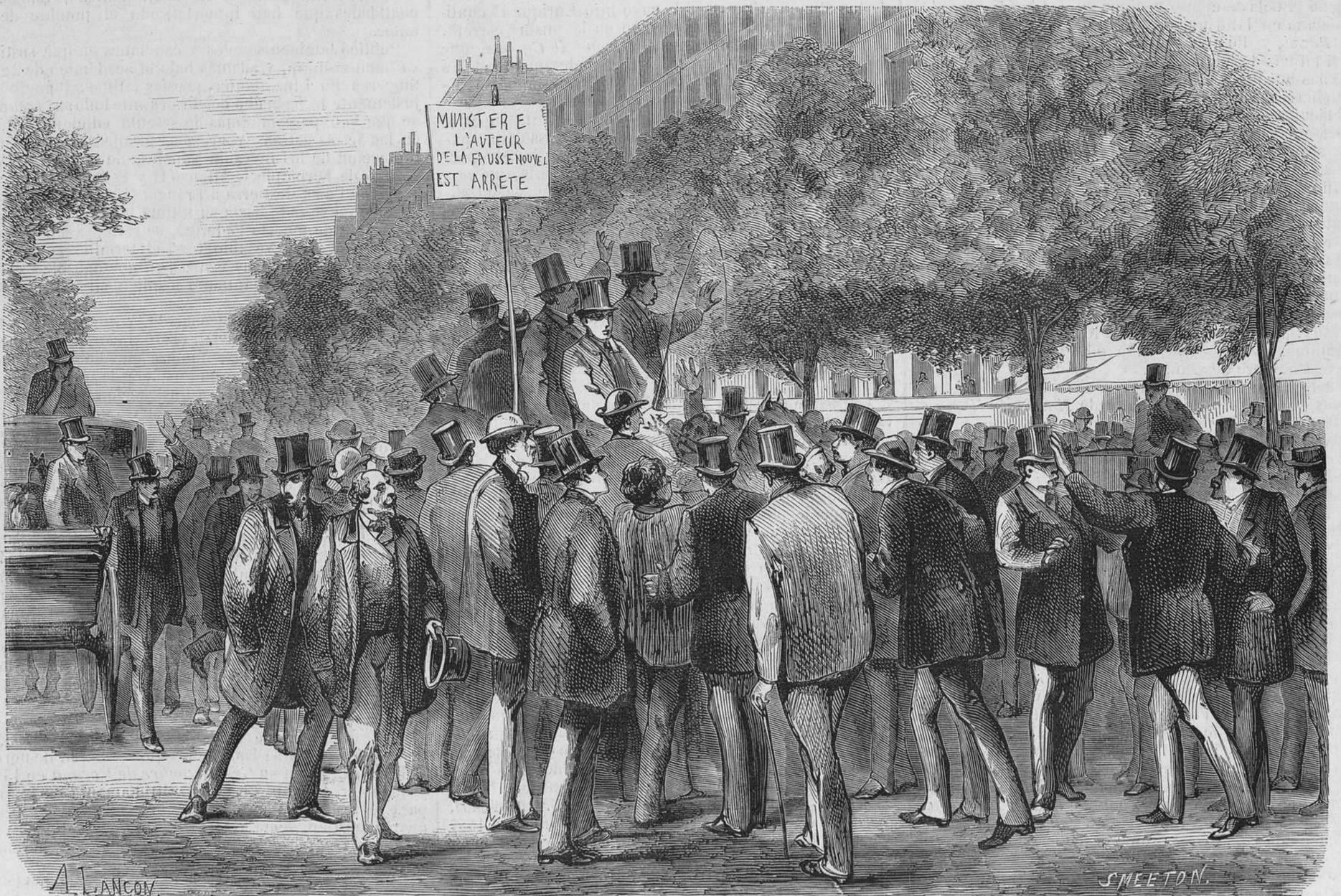
contra los Médicis, que premeditaban la esclavitud de su comun patria, y la esclavizaron, en efecto, á los tres años de haber él muerto (en 1530). Fué perseguido y encarcelado, sin que jamás los tormentos ni las mas deslumbradoras promesas pudiesen arrancarle el menor

de su patria Venecia (1470-1547), y á favorito de los papas Leon X, Clemente VII y Paulo III, al último de los cuales debió el capelo cardenalicio.

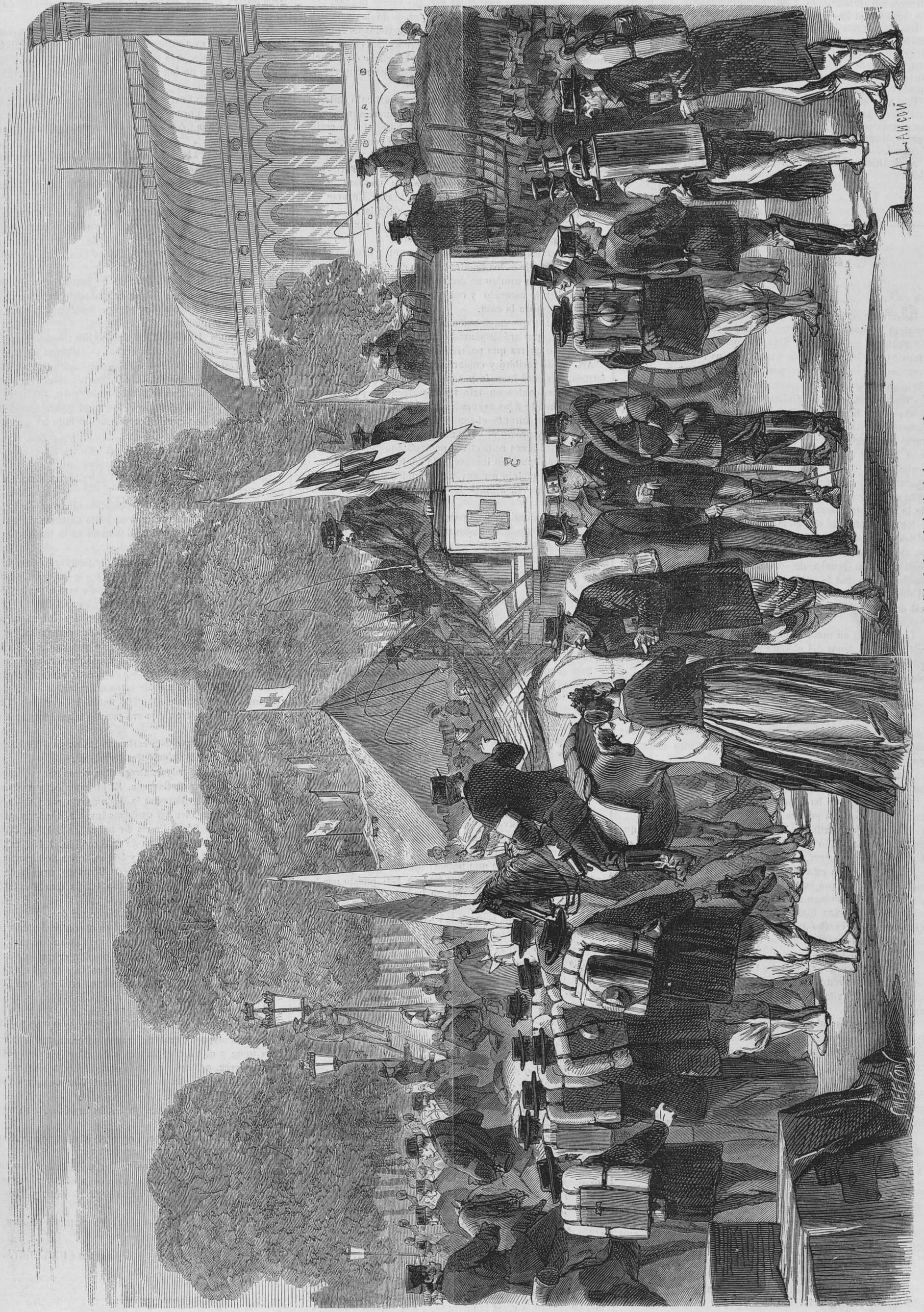
Colmado de honores y riquezas, gozó de la doble gloria de historiador y poeta. Son sus obras mejores: la *Historia de Venecia*, en doce libros; las *Cartas* y *Diálogos* sobre la lengua italiana; *gli Assoloni*, cuentos en prosa y verso, que le dan un lugar junto á Boccaccio; *il Canzoniere*, colección de poesías en que procura imitar á Petrarca, y otras cuyo estilo es siempre correcto, armonioso y elocuente.

No fué menos célebre su contemporáneo Maquiavelo (1469-1527). Nacido en medio de la república de Florencia, obtuvo en ella altas misiones, siendo primero canciller, y luego embajador en Francia, en la corte imperial, en las de varios príncipes de Italia, y señaladamente cerca del famoso César Borgia.

Ardiente republicano, conjuró con Capponi y Boscoli



PARIS. — Anuncio de la prision de los propagadores de noticias falsas, el dia 6 de agosto.



PARIS. — Sociedad internacional de socorros á los heridos. — Salida de la ambulancia de la prensa francesa.

A. LAMONNIER

secreto de conspirador. Al fin se le puso en libertad por intercesion de Juan de Médicis, que acababa de ceñir sus sienes con la triple corona (Leon X).

Los principios de independencia que abrigaba ardentemente, las persecuciones, el encarcelamiento, los tormentos y el destierro con que eran castigados aquellos, la suerte deplorable de las víctimas que tenía delante de los ojos, nada de esto podía inclinarle al aprecio de los soberanos déspotas.

Por esto su libro del *Prince* (príncipe), no es tanto una leccion que les da para el gobierno de sus pueblos, como una pintura fiel de la horrible política de César Borgia, duque de Urbino y de la de Lorenzo de Médicis, usurpador de este ducado y de la libertad florentina: á este último fué por eso tambien á quien dedicó su obra.

(Se continuará).

Revista de Paris.

Debemos repetir lo que tenemos dicho: Paris no vive esperando las noticias del teatro de la guerra. Las puertas de las alcaldías, en donde se fijan los partes manuscritos del ministro del Interior dando cuenta de los resultados de las operaciones, están sitiadas por una muchedumbre que no abandona el puesto ni aun en las altas horas de la noche. En vano el gobierno multiplica los anuncios por toda la capital; el público no se sacia nunca y acude con mas ansia incesantemente á aquellas fuentes de noticias. No hay conversacion interesante que tenga otro objeto que la guerra. Se sabe que los ejércitos franceses han dejado las líneas que ocupaban en Metz, replegándose hácia Chalons, donde se concentran fuerzas formidables, y á cada hora, á cada minuto se espera que el ministro del Interior va á dar cuenta de la gran batalla que todo el mundo espera.

No hay duda que si alguna vez Paris se ha interesado por algun grande acontecimiento, es en esta ocasion, pues hace ya mas de medio siglo que no se habia visto la Francia sometida á una prueba de consecuencias tan decisivas. Asi puede decirse que la poblacion ha cambiado de aspecto. Todo el mundo está cuidadoso y anhelante, y la alegría tradicional de esta gran ciudad de fiestas y de placeres, ha desaparecido.

La juventud en masa acude á las armas; en todas las familias hay soldados del ejército activo, ó de la guardia móvil, ó de la guardia nacional; y además se organizan tambien por todas partes batallones de una nueva fuerza llamada de francos-tiradores, cuyo número se aumenta como por encanto cada dia.

Muchos de ellos circulan por las calles de Paris llamando la atencion con su sencillo uniforme, que se compone de una especie de blusa azul oscuro, un kepi del mismo color con vivo encarnado y pantalon de lienzo.

Desde el domingo los francos-tiradores parisienses dan guardias en la capital mezclados con los guardias nacionales.

Otro uniforme se ha visto en Paris que ha atraído mucho tambien la atencion pública.

Estos son los auxiliares de las ambulancias militares que tantos servicios están llamadas á prestar en medio de las calamidades de la guerra.

Sabido es, y en este mismo periódico hemos tenido ocasion de decirlo, que existe una sociedad internacional, fundada por un ciudadano suizo, M. Enrique Dumont, que ha emprendido su obra filantrópica de socorros á los heridos que caen en el campo de batalla, bajo el amparo de un convenio concluido en el Congreso que se reunió en Ginebra el 8 de agosto de 1864.

La Sociedad internacional ha tomado por modelo la ambulancia del ejército, y sus facultativos han adoptado por uniforme una levita de paño azul y un kepi con cruz encarnada.

Los enfermeros voluntarios de la Sociedad visten un paletó corto, pantalon azul, botines blancos y sombrero negro redondo, de fieltro, con un escudo blanco y en el centro una cruz encarnada.

A principios de agosto salió la primera ambulancia de la Sociedad, que se componia de 40 caballos para 8 carros cargados con 17 grandes tiendas y 50 pequeñas, todas ellas de fácil instalacion y que se recogen no menos fácilmente.

En estas tiendas pueden recibir de 1,500 á 2,000 enfermos, y además los carros llevan angarillas y todo lo necesario para el transporte de heridos.

La bandera blanca ó el brazal blanco con cruz encarnada, asegura en todas partes, la inviolabilidad de estas ambulancias.

Todos los pueblos beligerantes lo han reconocido así en el convenio á que hemos hecho referencia y cuyos principales artículos son dignos de conocerse.

Artículo 1º Las ambulancias y los hospitales militares se reconocen neutros, y como tales serán protegidos y respetados por los beligerantes durante todo el tiempo que haya en ellos enfermos ó heridos,

Cesará, sin embargo, la neutralidad si estas ambulancias ú hospitales estuviesen guardados por una fuerza militar.

Art. 2º El personal de los hospitales y de las ambulancias, que comprende la intendencia, los servicios de sanidad, de administracion y de transporte de heridos, así como los limosneros ó capellanes, participará del beneficio de la neutralidad cuando funcione y mientras haya que recoger y socorrer heridos.

Art. 3º Las personas designadas en el artículo anterior, podrán continuar desempeñando sus funciones, aun despues de la ocupacion por el enemigo, en el hospital ó la ambulancia que sirvan, ó retirarse para reunirse con el cuerpo á que pertenezcan.

Art. 4º Como el material de los hospitales militares quedará sometido á las leyes de la guerra, las personas agregadas á estos hospitales no podrán al retirarse llevarse otra cosa que los objetos de su pertenencia particular.

Art. 5º Los habitantes del pais que presten socorros á los heridos serán respetados y quedarán libres.

Los generales de las potencias beligerantes tendrán el encargo de advertir á los habitantes que se apela á su humanidad, y que en cambio se declarará neutral su pais.

Todo herido recogido y cuidado en una casa servirá de salvaguardia para la casa.

El habitante que haya recogido heridos no tendrá que alojar tropas y quedará dispensado de una parte de las contribuciones de guerra que podrian imponerse.

Art. 6º Se recibirá y cuidará á los militares heridos ó enfermos, sea cual fuere la nacion á que pertenezcan.

Los comandantes en jefe tendrán facultad para entregar inmediatamente á las avanzadas enemigas, los militares enemigos heridos durante el combate, cuando las circunstancias lo permitan y previo el consentimiento de ambas partes.

Se enviará á sus respectivos paises á aquellos que ya curados, hayan quedado incapaces de continuar el servicio.

Los demás podrán ser enviados tambien bajo la condicion de que no vuelvan á tomar las armas mientras dure la campaña.

Las evacuaciones con el personal que las dirija, disfrutará de una neutralidad absoluta.

Art. 7º Adoptarán una bandera uniforme los hospitales, las ambulancias y las evacuaciones, bandera que en todas circunstancias deberá estar acompañada de la bandera nacional.

El personal neutralizado llevará por distintivo un brazal, que entregará personalmente la autoridad militar.

Tanto la bandera como el brazal, tendrán una cruz encarnada sobre fondo blanco.

Las mismas disposiciones se aplican á la marina. Tan filantrópica institucion posee, como es natural, las simpatías universales.

A su lado funcionan otras con el mismo objeto y que disfrutan de iguales prerogativas.

La Sociedad francesa de socorros á los heridos cuenta con una organizacion experimentada y con fondos considerables recogidos por donativos privados.

El dia 12 de agosto el comité tenia en caja mas de dos millones de francos con una gran cantidad de vendajes y provisiones.

Todo el mundo habia tenido á honor el contribuir á la obra, siendo de advertir que los pobres se han distinguido no menos que las personas opulentas.

Así se cita una familia que envió al comité tres cubiertos de plata de los cuatro que poseia; una infeliz viuda llevó su reloj de plata, y en los cepillos que se han puesto por todo Paris para recoger los socorros, se han hallado hasta sortijas de boda.

Con tales recursos la Sociedad ha despachado ya tres ambulancias al teatro de la guerra, y una de ellas ha prestado ya sus servicios en la primera batalla.

Cada una de estas ambulancias, que pueden recibir, segun hemos dicho ya, hasta 2,000 heridos, cuesta unos 70,000 francos, y como la Sociedad piensa poner hasta ocho, gastará una suma de 560,000 francos. Su sostenimiento costará 50,000 francos al mes, lo que forma un total, por las ocho, de 1.200,000 francos durante tres meses.

La Sociedad cuenta con todos los medios mas espeditos para establecer las ambulancias, y así es que todos los comités que se formaron con el mismo objeto han acabado por dirigirse á ella.

Así ha hecho el de la suscripcion que abrieron los periódicos, que ha entregado á la Sociedad 300,000 francos para que instale la Ambulancia de la prensa francesa.

En la página 149 de este número verán nuestros lectores un dibujo que representa la salida de esta ambulancia para el teatro de la guerra.

Entre tanto la crónica parisiense que no hace relacion con los sucesos militares ha desaparecido: ¿qué interés podría tener al lado de tales acontecimientos?

Además, los principales cronistas de la capital se han ido con las tropas y todo lo que escriben es poco para satisfacer la curiosidad pública.

Alguno de ellos ha sufrido ya mas de un percance en la guerra.

M. Edmundo About, una de las notabilidades de la literatura contemporánea, que se hallaba tambien en los ejércitos, ha inspirado vivas inquietudes á sus amigos durante al-

gunos dias; pero por fin ha parecido, y nos ha contado su larga odisea en doce grandes columnas del periódico de que es cronista.

M. About ha fechado la mayor parte de sus cartas en Saverna, adonde se retiraron las tropas del mariscal MacMahon. Son de los dias 8 á 11 de agosto, cuando se esperaba la invasion de los 150,000 hombres del principe real de Prusia.

El juéves es en Saverna el gran mercado de la semana, y en los tiempos normales, todos los pueblos circunvecinos acuden á la ciudad con frutas y verduras, manteca y queso, huevos y aves.

Ahora bien, el 11 de agosto, dice M. About, para alimentar á cinco mil habitantes y al extranjero, llegaron cuatro cestos de pepinos, diez kilogramos de manteca y algunas docenas de huevos.

Naturalmente se temian los embargos de los prusianos, que no son pequeños, pues la primera descubierta de jinetes prusianos, que penetró en Saverna, habia exigido nada menos que 20,000 panes de 3 kilos, ó una suma de 100,000 francos.

M. About copia á continuacion el segundo pedido hecho por los prusianos á una poblacion que cuenta unos cinco mil habitantes, de los cuales los que pertenecen á la clase acomodada están fugitivos.

Pedian pues 10,000 panes de 3 kilos; — 60 bueyes de 250 kilos; — 8,000 kilos de arroz; — 1,250 id. de café molido; — 750 id. de sal; — 500 id. de tabaco ó 180,000 cigarros para los soldados; 75,000 cigarros finos para los oficiales; — 15,000 litros de vino, á saber: 10,000 litros para los soldados, 3,000 litros de vino superior para los oficiales, 2,000 botellas de vino de Borgoña y 200 botellas de vino de Champaña.

A esto hay que añadir las raciones de forraje. Acompañaban las siguientes instrucciones:

Se pondrá á la disposicion del ejército un almacen para los artículos enumerados.

La entrega comenzará en seguida, de modo que la primera mitad de la cantidad prescrita se halle entregada á las cuatro de la tarde, y la segunda á las seis de la mañana del dia siguiente.

Tambien se prestarán los hombres necesarios para la distribucion (unos 20), y 4 pesos para pesar las cantidades.

En el caso de no ejecucion, se impondrá el valor de los artículos pedidos con un recargo de 25 por 100.

El alcalde entró en discusion con los intendentes del 11º cuerpo, y logró que se limitaran sus demandas.

En primer lugar observó el alcalde que jamás habia habido en Saverna 3,000 botellas de vino superior, vino de Burdeos, ni 2,000 de Borgoña, y entonces los intendentes quitaron un cero á cada uno de estos artículos.

Tambien suprimieron las 200 botellas de vino de Champaña, cuando supieron que era preciso ir las á buscar á Chalons.

M. About concluye esta carta con un aviso á los parisenses concebido en los siguientes términos:

« Amigos míos, sois cuatrocientas veces mas numerosos que los habitantes de Saverna. El 11º cuerpo, que nos acaba de visitar, representa como la décimasexta parte del ejército prusiano. Ahora bien, si os dejais invadir, tendreis que entregar cada dia 64 millones de panes de 3 kilos, 384,000 bueyes, 8 millones de kilos de café molido, 1,152 millones de cigarros para los soldados y 480 millones de cigarros finos para los oficiales, 96 millones de litros de vino, y en proporcion todo lo restante. Por eso teneis mucho interés en batiros como valientes. »

Todo se prepara en verdad para que así sea.

Al fin de la semana, la capital se encontrará cubierta por una línea de defensa armada con mas de mil piezas de artillería, que en todas direcciones pueden cruzar sus fuegos.

El periódico el *Constitutionnel*, que da esta noticia, añade que hay 80,000 hombres de guarnicion en Paris, con 30,000 en los fuertes.

Pero no son estas las únicas fuerzas.

Los aduaneros forman una division de 9,000 hombres; los guardabosques cuentan 2 regimientos de 3,000 hombres cada uno; y con dos regimientos de infantería y un batallon de cazadores, se hará una division de 18,000 hombres.

Muy pronto el cuerpo del general Vinoy contará 60,000 hombres.

Por último, han llegado ya 8,500 marinos, y se esperan 3,000 mas.

En cuanto á provisiones, llegan en abundancia de Nantes, del Havre y de Ruan.

Se están haciendo molinos en Paris. Hasta aquí no se podian moler mas de 1,200 costales cada dia, y ahora se harán 3,000. Paris tiene ya harina para 25 dias, y trigo para un mes.

Hé aquí lo que interesa ahora en punto á crónica parisiense.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

FANTASÍA.

Cuando á tu lado absorto
Contemplo tu belleza,
De amores me embelesa
Su mágico poder.
Y al ver tu imágen linda
Llenando mi alma inquieta,
Rey, ángel y poeta
Y un Dios quisiera ser.

De perlas y perfumes,
De flores y diamantes,
Coronas elegantes
Formara para tí;
Y acaso, de mis penas
Al canto estremecido,
Un mundo mas cumplido
Soñaras para mí.

De mí colmar quisiera
Tu noble pensamiento,
Tu vida de mi aliento,
Tus sueños de mi amor.
Pasando en tu regazo
De amor medio adormido
En un vergel florido
Las horas sin dolor.

Diadema de hermosura
Refleja tu cabeza;
Tu talle, gentileza,
Tus ojos, un iman:
Hay música en tus pasos
Y magia en tus cabellos,
Tu faz refleja entre ellos
La huri del musulman.

¡Feliz el que á tu lado
Sobre su sien ardiente
Tu blanca mano siente
Temblando resbalar!
¡Y de tu seno cuenta
Las blandas pulsaciones
Y lindas ilusiones
De amar y verse amar!

Feliz el que al halago
De tu beldad risueña,
Magnetizado sueña
Misterios de placer...
¡Y al beso perfumado
De un labio delicioso,
De esclavo venturoso
Tu dueño viene á ser!...

MANUEL MARÍA MADIEDO.

DESENGAÑO.

I.

Diez años hace que por vez primera
Mis ojos con tus ojos se encontraron;
Y á los encantos del amor se abrieron,
Y las delicias del amor gozaron.
¡Vanas delicias, que la dulce calma
De mi alegre niñez emponzoñaron!
Mentirosos fantasmas de ventura
Que me halagaban en mi edad florida,
Dándome largos años de amargura
Por un instante de esperanza y vida.

II.

Cual se desliza el rayo de la luna
Sobre las limpias ondas del torrente,

Tu niñez deslizóse, y la fortuna
Tu tierno pecho desgarró inclemente.
Y así como en la noche tempestuosa
Brilla mas pura del amor la estrella,
Tu noble faz serena y candorosa
En la desgracia se ostentó mas bella.
De tus encantos á la par, crecieron
El amor y el respeto cada día;
Y mil veces mis ojos te dijeron
Lo que el tímido labio te escondía.
Rompí el silencio: al fin trémulo, ansioso,
Mi irresistible amor declaré en vano;
Indiferente á mi pasión guardabas
En tu abatido pecho un triste arcano...
Para ablandar tu condicion altiva
A la fortuna demandé sus bienes,
Y con ardor los lauros de la gloria
Arrebaté para adornar mis sienes.
A mi loca ambición el mundo entero
Estrecho pareció; y en mi demencia
Dejé mi patria, y me lancé ligero
En pos de fama, de poder, de ciencia.

III.

Llegó por fin el malhadado día
En que rompiste con tu propia mano
El velo impenetrable que escondía
A mis miradas el terrible arcano;
Y maldije los bienes de fortuna;
Y de la gloria renegué impaciente,
Las hojas destrozando una por una
Del noble lauro que ciñó mi frente.
Ciego, furioso me lancé á mi ruina
Buscando muerte, destruccion, venganza...
¡Gracias mil veces, religion divina,
Que me vuelves la paz y la esperanza!...

X...

La Guerra Ilustrada.

Combate de Saarbruck. — Wissemburgo. — La línea del Sarr.
— Aspecto de Saverna durante la retirada del mariscal
Mac-Mahon. — Convoy de heridos en la estacion de Metz.

¡La patria está en peligro! Tal es en la actualidad la
orden del día de la política. Despues de los descalabros
de Wissemburgo y de Reichshoffen, de que vamos á
dar cuenta en este número, no hay otra cuestión guberna-
mental que la de las resoluciones impuestas por la
guerra. Libertar al país de los invasores, esa es la única
política de la Francia, y con efecto, la nacion entera se
encuentra en pié para reconocer el peligro y tomar las
armas.

**

La campaña, sin embargo, se habia inaugurado con
un triunfo, el combate de Saarbruck, que representa
nuestro grabado de la página 156.

El periódico oficial del imperio publicaba sobre esta
accion los siguientes despachos:

Hoy 2 de agosto, á las once de la mañana, las tropas
francesas han tenido un recio encuentro con las tropas
prusianas.

Nuestro ejército ha tomado la ofensiva, pasado la
frontera é invadido el territorio de la Prusia.

A pesar de la fuerza de la posicion enemiga, unos
cuantos batallones nuestros han bastado para ganar las
alturas que dominan Saarbruck, y nuestra artillería no
ha tardado en desalojar al enemigo de la ciudad.

El arrojó de nuestras tropas ha sido grande, y nues-
tras pérdidas ligeras.

El emperador asistía á las operaciones, y el príncipe
imperial, que le acompañaba á todas partes, ha recibido
sobre el primer campo de batalla de la campaña el bau-
tismo del fuego.

Su presencia de espíritu y su sangre fria en el peligro
han sido dignas del nombre que lleva.

A las cuatro el emperador y el príncipe imperial esta-
ban de vuelta en Metz.

*El secretario particular del emperador al ministro
del Interior.*

Metz, 3 de agosto, á las doce y 30 m.

Ayer, cuando se han ganado las alturas de Saarbruck,
una batería de ametralladoras fué puesta en posicion en
presencia del emperador y del príncipe imperial,

El emperador habia ordenado que no se tirase si no
era necesario, pues los prusianos, escondidos en los
barrancos y en las casas, ó bien diseminados como ti-
radores, hacian inútil nuestra nueva artillería; pero
pronto vieron un peloton enemigo que desfilaba sobre
el camino de hierro de la orilla derecha á una distancia
de 1,600 metros.

Dirigiéronse contra él las ametralladoras, y en un
abrir y cerrar de ojos el grupo fué dispersado, dejando
la mitad de sus hombres por tierra. Un segundo peloton
apareció de nuevo sobre la misma línea y tuvo la mis-
ma suerte.

Desde entonces ya no se atrevieron mas á pasar por
el camino de hierro.

Los oficiales de la artillería francesa están entusias-
mados con los resultados de las ametralladoras.

Entre los prisioneros prusianos se encuentran muchos
voluntarios de un año.

Es sabido que en Prusia estos militares pertenecen á
las familias mas acomodadas, que se alistán en el ser-
vicio por un año.

Han sido muy discretos á las preguntas que les han
dirigido, pero han convenido en la superioridad del fu-
sil francés sobre el prusiano.

Por otra parte el mariscal Bazaine ha tenido un en-
cuentro con los tiradores enemigos. Muchos prusianos
han sido muertos, y ninguno de los nuestros ha sido
herido.

El telégrama confidencial que el emperador ha diri-
gido á la emperatriz á Saint-Cloud está concebido en
estos términos:

Luis acaba de recibir el bautismo del fuego; ha estado
admirable de sangre fria y nada impresionado.

Una division del general Frossard ha tomado las altu-
ras que dominan la orilla izquierda de Saarbruck.

Los prusianos han hecho una corta resistencia.
Luis y yo estábamos en primera línea, pero las balas
caian á nuestros piés.

Luis ha conservado una bala que ha caido junto á él.
Hay soldados que lloraban viéndole tan tranquilo.

No hemos tenido sino un oficial y diez hombres
muertos.

NAPOLEON.

Saarbruck, que pertenecía en 1815 al territorio fran-
cés, está situada á 90 kilómetros de Tréveris, al SSE. de
la orilla izquierda del Sarr, entre Sarrelouis y Forbach,
detrás de Saint-Avold, del que dista 9 kilómetros y me-
dio, y á 65 kilómetros de Metz.

La ciudad cuenta 40,000 habitantes. Está edificada al
pié de una colina y ofrece un golpe de vista muy pin-
toresco, gracias á su puente de piedra y á sus numero-
sos jardines que tapizan la cuesta de la montaña en que
se apoya.

La ciudad volvió á ser de Francia despues de la paz
de Luneville; entonces pertenecía á la casa de Nassau.

En Saarbruck es en donde se hace la visita de la
aduana. Su nombre, que quiere decir puente sobre el
Saar, le viene de su posicion.

**

El combate de Wissemburgo tuvo lugar el 4 de
agosto.

Acampábase delante de Wissemburgo la division
Douay, compuesta del 74° y del 50° de línea, del 46°
batallon de cazadores de infantería, de un regimiento
de turcos y de un regimiento de cazadores de caballería.

Delante de esta division apenas cubierta por algunos
montones de tierra estaban los bosques del Lauter. Ha-
bíanse practicado algunos reconocimientos en la fron-
tera; pero tan ligeramente que no habian señalado la
presencia de ningun enemigo. Sin embargo, todo el
ejército prusiano del Sur estaba allí y maniobraba, para
sorprender á la division Douay, á fin de penetrar en el
territorio francés por aquel punto.

Comenzaba á ser de día cuando se oyó de repente un
vigoroso cañoneo. El formidable ejército alemán coro-
naba las alturas de Schweigen, aldea bávara, y de los
lugares contiguos, y rompía el fuego.

Mas de cien piezas enemigas disparaban á la vez. Tan
débiles fortificaciones de tierra cayeron en un instante,
y entonces atacaron de frente fuertes columnas prusia-
nas. Los franceses se defendieron con una intrepidez
increíble. De pronto una division enemiga fuertemente
apoyada, y que hasta entonces habia estado oculta, apa-
reció á la derecha. El general Douay se corrió á aquel
lado con algunos batallones y cargó á la bayoneta con
tal furia, que hasta los despachos prusianos dicen causó
grandes pérdidas al enemigo. Los turcos estuvieron ter-
ribles. Se precipitaron como leones, matando á cuantos
se atravesaban á su paso. En aquella carga espantosa
pereció casi todo un regimiento de la guardia real. Tal
es el furor de los turcos, que no oyen la señal de la re-
tirada: van siempre adelante, ábrense paso por entre
las filas enemigas, y entonces comprenden el peligro;
no eran mas que quinientos y tenían delante de sí
40,000 hombres; fué preciso rendirse.

Mientras el general Douay trataba de impedir el movi-
miento de flanco del enemigo, los prusianos en masa
aparecian á la izquierda, y muy luego cayeron sobre los
franceses. El general Douay corrió á aquella parte; pero
casi al instante recibió una herida mortal.

No era posible sostenerse.
Lo que queda de la division Douay que acababa de

sostener aquel heroico combate de 40,000 hombres contra 80,000 comenzó á retirarse sobre la garganta del Pigeonnier bajo la proteccion de su única batería: entonces se rompió la rueda de un cañon y fué preciso abandonarle.

En esta accion desgraciada, pero tan gloriosa para las armas francesas, las pérdidas de los prusianos han sido enormes. Hasta sus mismos despachos lo confiesan.

El general Abel Douay, muerto en Wissemburgo, ha sido el tercero de los cuatro hermanos Douay que muere defendiendo á su patria. El primero fué muerto siendo comandante en Crimea, y el segundo siendo coronel en Italia.

El general Abel fué tambien gravemente herido en 1859. El único que queda de los cuatro hermanos Douay, es Félix, edecan del emperador, comandante del 7º cuerpo de ejército.

Llegamos á la batalla de Reichshoffen, que tambien se llama batalla de Froeschwiller, de Haguenau y de Woerth. El campo de la lucha se encuentra entre Haguenau y Wissemburgo, en gargantas muy hondas, que formadas por dos contrafuertes de la cordillera de los Vosgos, se abren en ese sitio hácia la baja Alsacia.

Hé aquí los pormenores mas auténticos que se han publicado hasta el dia sobre la batalla:

Noticias recogidas en buenas fuentes, dice el *Moniteur*, y cuya exactitud creo poder garantir, me permiten hacer una reseña de la terrible batalla que acaba de abrir el camino de Alsacia á los prusianos.

Cuando se sepa lo que han hecho los soldados del primer cuerpo y el heroico mariscal que los mandaba, el ánimo que renace ya en Paris podrá contar con nuevos elementos de confianza. Semejantes derrotas equivalen á victorias.

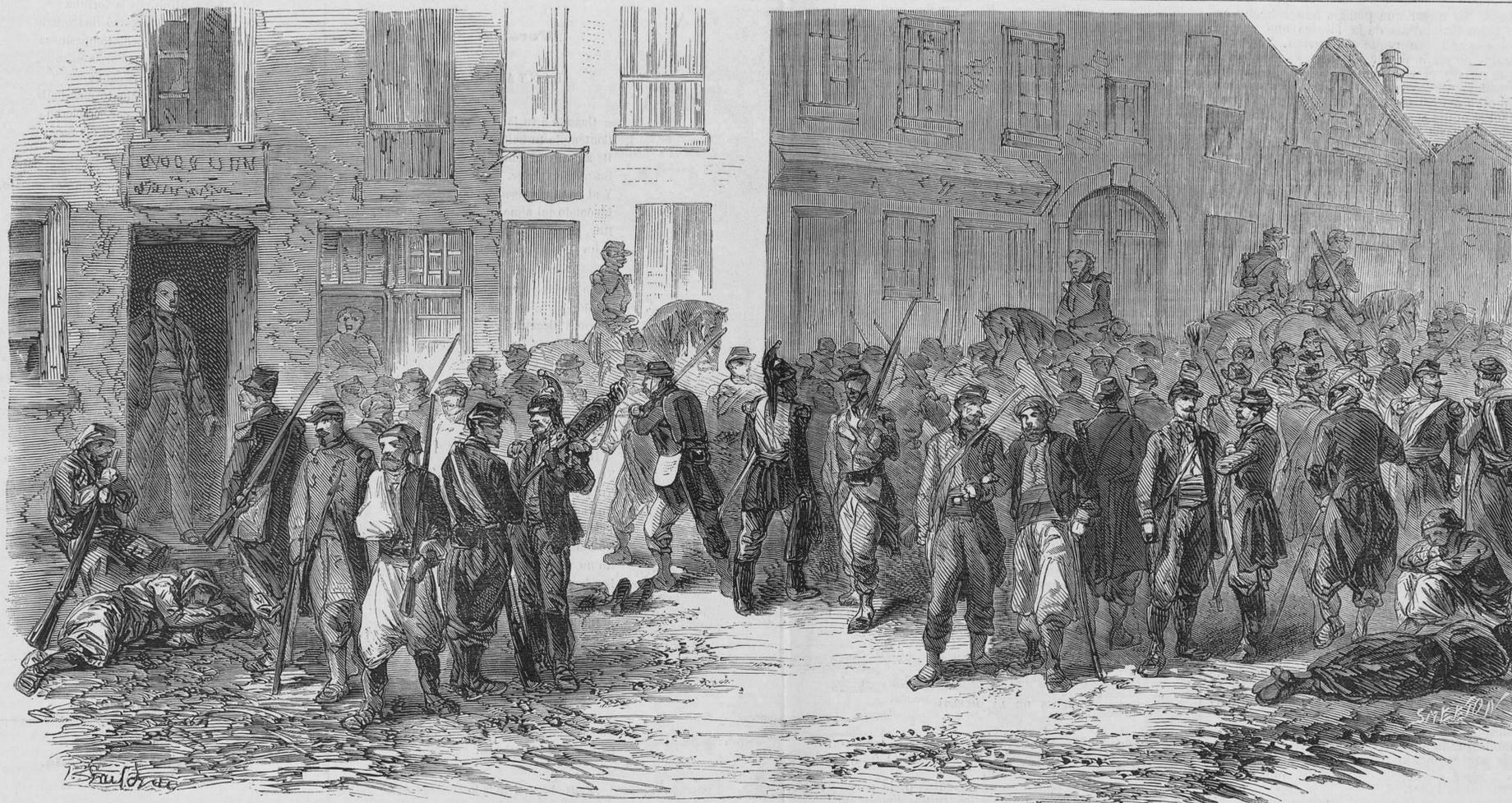
En la mañana del dia en que se trabó el combate, el mariscal ocupaba en persona, con parte de sus tropas, una línea recta delante de Reichshoffen, enfrente del enemigo.

El resto de las divisiones estaba dispuesto en dos cuerpos de fuerzas iguales, colocadas á manera de horeca; el uno de ellos, ó sea el de la izquierda, ocupaba á Woerth, y el otro, ó sea el de la derecha, la aldea de Eberbach.

La línea de batalla representaba, pues, un triángulo con el vértice vuelto hácia la frontera.

A cosa de las diez presentóse un cuerpo fuerte de 60,000 hombres amenazando la posicion ocupada por el mariscal y tratando de pasar entre Reichshoffen y Woerth. Venia por el camino de Niederbronn.

Apenas roto el fuego con los tiradores, y principiado un vivo ataque, el mariscal llama al cuerpo situado en Eberbach y lo forma en órden de batalla enfrente del enemigo al cual contiene, obligándole á practicar en breve un movimiento de retirada.



LA GUERRA. — Aspecto de Saverna durante la retirada del mariscal Mac-Mahon.

Entonces fué cuando un nuevo cuerpo de ejército compuesto tambien de 60,000 hombres, salió del bosque de Woerth, merced al cual pudo ocultar su marcha, y arroja sus espesas columnas sobre los regimientos situados delante de la aldea de Woerth.

Treinta mil hombres se encontraban frente á frente de 420,000 provistos de infinitas piezas de artillería.

Esos dos ejércitos con sus cañones y con sus ametralladoras chocan contra hombres á quienes no espanta el riesgo de una muerte casi inevitable. Una lluvia de hierro y de plomo, granadas, balas de cañon y de fusil, caen sobre nuestra infantería, cuyas filas se rompen, pero sin que retrocedan los soldados. El mariscal acude á todas partes, acrece con su presencia en los puntos mas amenazados y con sus acertadas órdenes el sublime entusiasmo de los valientes que están bajo su obediencia, y hubo un momento en que pudo creer que saldria victorioso de esa espantosa lucha.

Muchas horas habia ya que esto duraba, sin que el enemigo consiguiera desalojar de sus posiciones á las tropas del mariscal, cuando por la tarde á cosa de las cinco, llega un tercer cuerpo de ejército, fuerte esta vez de 74,000 hombres, mandados por el príncipe Federico Carlos, y pasando por detrás de Eberbach abandonado, procura adelantarse á las diezmadas divisiones del mariscal y cortar á este la línea de retirada en Haguenau y Saverna.

El primer cuerpo quedó cogido entre dos fuegos.

Era menester un heroico esfuerzo para salvar los restos de los regimientos que sostenian el combate; desde la batalla de Waterloo nunca se habia visto en el campo de batalla á los soldados de esa arma; pero recordando sin duda las proezas de sus antepasados, dan cargas que solo pueden compararse con las famosas cargas que hubo en la hondonada de Honain.

A despecho de las baterías y de las ametralladoras y del confuso tropel de hombres y de caballos que caen, los coraceros llegan á encontrarse enfrente de los regimientos prusianos, rompen sus filas, los destrozan, pasan adelante sin detenerse, y la vanguardia no obstante lo compacta que es, no puede resistir al ímpetu de los jinetes y retrocede.

Mas otros batallones mas numerosos todavia que los anteriores, acuden á reforzar á los prusianos, los cuales se detienen, y los coraceros que quedan desaparecen entre un torbellino de enemigos.

¿Cuántos de esos heroicos soldados se han salvado? No hay quien se atreva á preguntarlo.

El primer cuerpo tuvo franco el camino por espacio de una hora, y solo necesitaba una hora mas para terminar su movimiento de retirada. El mariscal tenia cerca de sí un regimiento de cazadores. Se trata de la salvacion del ejército; el mariscal indica á ese regimiento que parta, y el regimiento parte y los cazadores reproducen las proezas con que se distinguieron los coraceros.

A su vez causan terribles destrozos, y cuando el ejército prusiano emprende de nuevo su marcha ofensiva

Campo de maniobras de Saarbruck.

Aldea prusiana de Auersmacher.

El Sarr, que separa la Francia de la Prusia.

Territorio bávaro.



Panorama de la línea del Sarr. — Vista tomada en Sarreguemines, desde lo alto del cuartel de la gendarmería.

el ejército francés es ya dueño del camino á cuyo extremo se halla el ejército. Este estaba ya salvado.

Los cazadores perecieron en la refriega, y menester fué que los oficiales de órdenes y los ayudantes de campo se llevasen á viva fuerza del campo de batalla al general Mac-Mahon. El ejército, reducido á casi la mitad, se hallaba ya á cubierto de toda persecucion. El mariscal, fuera de sí, quería hacerse matar.

Un terrible detalle. En lo mas ríco de la batalla, el mariscal expidió un parte al general de Faily, mandándole que enviase una division á Lambach para coger al ejército prusiano por retaguardia. Entonces se hubiera obtenido una victoria.

El telégrafo escribió *Hansbach*, que está en una direccion totalmente opuesta, y las divisiones del general de Faily no encontraron enemigo alguno en el terreno adonde corrian con entusiasmo.

Hasta la fatalidad estaba contra nosotros. ¿Se dirá ahora que el ejército francés ha sido vencido, y se cree que puede serlo con semejantes soldados mandados por hombres como el mariscal Mac-Mahon?

*
**

La retirada se dirigió hasta Saverna, cuyo aspecto presentamos en una de nuestras láminas.

El Cuerpo legislativo ha acordado por unanimidad un voto de gracias á los ejércitos y los ha declarado beneméritos de la patria. R. V.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 919.)

Y se alejó con aire desdeñoso aunque no sin inquietud, pues habia observado una expresion de avidez en los ojos de M. Cheetham.

El dia siguiente todos los afiladores de la fábrica, excepto los de cinceles, dejaron de repente su trabajo y se reunieron en la calle.

— ¿Qué hay de nuevo? preguntó M. Bayne.

Le respondieron que les habian llamado los secretarios.

Pasaron algunos minutos reunidos y luego volvieron al trabajo.

Por la noche hubo en la taberna de las *Armas del cuchillero* una gran reunion presidida por M. Grotait.

Al otro dia á las doce todos aquellos afiladores entraron en el despacho y cada uno de ellos dejó un papel firmado que decia:

«Os prevengo que saldré de la casa dentro de una semana, contando desde la fecha.»

M. Cheetham preguntó á varios de ellos por qué motivo se marchaban; algunos le respondieron cortésmente que era un asunto de comercio, y otros le dieron á entender que sabia perfectamente la causa.

Ni por una ni por otra parte se pronunció una palabra descortés; esto sucedia á menudo y con resultados muy diversos.

Hubo uno ó dos obreros que expresaron una especie de sentimiento.

El afilador Reynold, hombre recto y pobre, convino en que era muy triste ver que un centenar de individuos se levantaban contra un hombre que habia estado tan cerca de la muerte.

— Pero poco importa lo que yo piense ó haga, añadió, pues tengo que someterme á la Union.

— Lo sé, mi pobre amigo, dijo M. Cheetham. No estoy enfadado contra ninguno de vosotros en particular, lucho con vosotros todos. Los demás fabricantes de Hillsborough son miedosos como mujeres, pero yo soy un hombre.

Con frecuencia repitió estas palabras en los seis dias subsiguientes.

Llegó el sétimo dia y los afiladores no parecieron.

M. Cheetham estaba pensativo. Sin embargo, dijo á Bayne:

— Id á ver donde están, pero con cautela; que no os vean.

Bayne no tardó en cerciorarse de que los afiladores estaban todos en las tabernas contiguas.

— Lo sospechaba, dijo M. Cheetham. Antes de que sea de noche volverán. Los obreros no han de vencerme, yo soy un hombre.

— Tenemos muchos pedidos, dijo M. Bayne suspirando, y los afiladores van siempre á la zaga de los demás obreros.

— La Union debe haberlo sabido; ¿pero cómo?

— Dicen que el viejo Smiten que está con ellos lo adivina todo. ¡Dios sabe cómo! Juzgad con qué habilidad se está conduciendo. Estamos en guerra contra los herreros y los que ponen mangos, que sin embargo, vienen á la fábrica y sobran; pero la Union hace que se marchen los afiladores, y arruina nuestro comercio; os perjudican tanto como si todos en general se pusiesen en huelga. Mas aun, quieren un salario para auxiliar á

los afiladores. Lo mejor que podiais haber hecho era despedir á todos los obreros de la fábrica una vez que los afiladores os anunciaron que os dejarían.

— ¿Por qué no me lo dijisteis?

— Porque no soy el viejo Smiten; él puede ver una cosa anticipadamente y yo no la veo hasta despues. Soy como el alumno del astrónomo. El maestro puede decir al salir el sol si el dia será claro ó lluvioso, el discípulo no puede decirlo hasta que el sol se ha puesto. Es justamente la diferencia que hay entre el viejo Smiten y yo.

— Yo arreglaré al viejo Smiten y á todos.

Por la tarde M. Cheetham dijo á Bayne que sabia positivamente que los afiladores murmuraban de que se les sacrificase á los otros.

— Mantengámonos firmes, dijo, que mañana cederán.

El otro dia á las diez M. Cheetham llegó á la fábrica, donde se habian recibido muchos pedidos urgentes.

— Tendrán que esperar, dijo de mal humor.

A eso del medio dia el tiempo le pareció muy largo.

— ¡Es bien singular! ¡Ni siquiera una piedra trabaja! se dijo; parece esto un campo santo. Pero yo soy un hombre.

Y repitió esto último hasta tres veces, seguramente para que no le quedase ninguna duda.

A la una declaró que cerraria la fábrica antes que ser esclavo de sus obreros, y á la una y cuarto tuvo una explosion de ira.

Diez minutos despues cayó desanimado en un sillón y dijo á Bayne exhalando un gemido:

— Bayne, id á ver á Jobson y decidle que se arregle pronto esta tontería.

— No tomeis á mal lo que voy á decir, contestó Bayne. Estais contrariado, agitado, y sea cual fuere el mediador que os envíen os parecerá exigente hasta lo sumo. Acabar de decirme que es Redcar el encargado de dictaros las condiciones.

— ¿Qué decis? ¡El contra maestre de mis herreros! exclamó Cheetham rechinando los dientes.

— ¿Qué importa? repitió Bayne con dulzura. Redcar, al cabo y al fin, no es mas que el órgano de su partido.

— Id á buscarle, dijo Cheetham con aire sombrío.

— Esperemos; no me parece bien que uno de vuestros obreros os vea tan agitado.

— ¡Oh! Me tranquilizaré en cuanto le tenga delante.

Bayne salió y volvió con Redcar. El obrero traía su frac, pero no se habia quitado su delantal de cuero.

Cheetham le recibió como el representante de la Union.

— Sentaos, M. Redcar, y pongamos fin á la contienda. ¿Qué quereis?

— Que despidais á M. Little.

— ¿Ignorais que le he ajustado al mes?

— Ponen por condicion que dejará inmediatamente la fábrica, y estoy encargado de rogaros que pongais otros obreros en su taller.

— Es tomarse mucha libertad el proponerme eso.

— No, no os piden mas que una pronta satisfaccion, por un hombre que ha ocasionado mil fastidios.

— Le acordaré un mes. Si le despidiera en el acto, podria armarme un pleito.

— Han previsto este caso. Si os cita á comparecer en justicia, podreis dirigiros á las Uniones, que obrarán de acuerdo con vos. Pero los afiladores no entrarán en la fábrica antes de que Little se haya marchado.

— ¡Bien!

— Y sus talleres están ocupados por obreros de la Union.

— Si trago el vaso, tambien puedo tragar la píldora. ¿Y es todo?

— Los afiladores no pueden perder su tiempo: un dia y medio.

— ¡Cómo! ¿Tengo que pagarles por no haber trabajado?

— Si nosotros hubiéramos venido primero á hablaros, es seguro que los herreros y los que ponen los mangos habrian pagado á los afiladores el tiempo perdido; pero como sois vos el que nos habeis venido á buscar, sois quien tendreis que pagarles.

Cheetham hizo un gesto, pero consintió.

— Luego, dijo Redcar, hay otro negocio que arreglar: los gastos ocasionados por la huelga.

— No sé lo que quereis decir.

— Los gastos que han hecho los secretarios y una pequeña retribucion á un gentleman que nos ha ayudado con sus consejos. El todo asiende á 30 libras.

— ¡Qué! exclamó Cheetham, luchando con la ira que le apretaba la garganta, ¿quereis que pague 30 libras á esas gentes por haber organizado una huelga que me costará muy cara y que me privará de un ramo de industria que valia 300 libras al año al obrero que me obligan á despedir? ¿Por qué no contarme la pólvora con que le habeis hecho saltar y deteriorado mi fragua? No, Bayne, no, esto es demasiado injusto y tiránico. Un hombre no puede soportarlo. Prefiero cerrar mi fábrica y volver á afilar. Antes vivir de pan y agua que ser esclavo.

Redcar sacó de su bolsillo un papel escrito.

— Hé aquí las condiciones escritas, dijo: si las firmáis, la huelga cesa; si no las firmáis, continuará hasta que cedais.

Cheetham se retorcia de desesperacion; los encargos llovian y los obreros eran escasos. Cada dia de atraso acumularia nuevas sumas para el pago de salarios y daría lugar á nuevas exigencias. Trató de ahogar un sollozo convulsivo que estaba á punto de salir de su pecho; su mano y su voz temblaban de ira cuando cogió la pluma.

— Firmaré, dijo; pero si llega mi turno, me acordaré

de todo esto contra vosotros. Esto prueba lo que realmente son, Bayne. ¡Oh! si algun dia vosotros obreros teneis el poder en vuestras manos, que Dios nos socorra.

Estas palabras parecieron resonar como un grito profético, escapadas de un corazon despedazado.

Pero el representante de las Uniones no pareció inmutarse ni irritarse.

— Está bien, dijo con tono flegmático; el que gana se adjudica su presa, el que pierde está por sus gastos; es justicia.

Enrique Little estaba trabajando en su taller, pensando alegremente en el porvenir, cuando Bayne llamó á la puerta y entró, seguido de Redcar.

La fisonomía de Bayne tenia una expresion tan triste, que Enrique presintió inmediatamente alguna comunicacion desagradable.

— Little, mi pobre amigo, todo está concluido; estamos obligados á separarnos de vos.

— ¡Ah! ¿M. Cheetham me ha sacrificado?

— ¿Qué podia hacer? Vengo á rogaros que dejes este taller, á fin que podamos obtener el medio dia de los afiladores.

Enrique palideció, pero toda resistencia habria sido inútil.

Se levantó tranquilamente, y mientras se vestia, dijo á Bayne con tono bastante seco que contaba le pagarian un mes de salario.

Cuando se disponia á salir, Redcar le dirigió la palabra con aire casi obsequioso.

— Dame la mano, compañero, dijo, ya sabes que uno ú otro debe ganar, y no tienen nada contra tí personalmente. Es sencillamente una cuestion de oficio.

Enrique le miró un instante con los brazos cruzados.

— Esperaba, dijo, conteniéndose con trabajo, que veniais á pedirme que midiéramos nuestras fuerzas en el patio. Pero no puedo rehusar mi mano á uno de mis iguales que me la pide. Aquí la teneis. Además, merecis ganar, pues sois fieles los unos á los otros, mientras que un amo no es fiel sino á su bolsillo.

Luego salió y atravesó el patio con las manos en los bolsillos, silbando un aire cuyas alegres notas no estaban muy en armonia con el pensamiento secreto de su corazon.

IX.

DESPUES DE LA HUELGA.

La huelga habia cesado, los afiladores volvian en masa á la fábrica, y las piedras empezaban de nuevo á dar vueltas como de costumbre.

Enrique Little se apoyó en una esquina de la pared y escuchó tristemente el implacable ruido. Estaba allí con el corazon consternado, solo obrero sin trabajo, y bebiendo la copa amarga de la derrota. Salió al fin del patio y erró por las calles, tanto mas apesadumbrado cuanto no tenia un solo amigo á quien confiar su pena; pues la principal causa de su disgusto era menos el sentimiento de su derrota que el trastorno de sus esperanzas mas queridas; y ¿cómo hubiera podido confesarlo, ahora que su ambicioso amor hubiera parecido una locura marcada? Aunque todavia muy jóven, habia sin embargo conocido que no hay simpatia en el mundo para el hombre que ama fuera de su esfera. Mas aun, todo lo que contribuye á curar ó sofocar una passion semejante, se considera por los espectadores como una amarga pero saludable medicina.

Enrique continuó andando á la aventura, pareciendo examinarlo todo á su alrededor, y no observando, no viendo nada. Tal era el fatal resultado de una lucha tan enérgica y tan llena de valor. La sociedad de seguros habia contribuido á su ruina. Le habia llevado la tercera parte de sus economías, y al dia siguiente de la transaccion le quitaban su ramo de industria... Su vida no estaba ya en peligro. El Buitre le habia desplumado y los cuerpos de oficios le habian atado las manos.

Por mas que reflexionaba, no encontraba medio de establecerse algun dia, como amo en Hillsborough, á menos de dejar aquella localidad y de ir á trabajar durante largos años en alguna otra parte. Sentia en su corazon bastante amor y bastante constancia para llegar á este fin, pero su razon le decia que sus esfuerzos serian inútiles, pues mientras él trabajaria lejos, la impresion que hubiera podido hacer en el corazon de Gracia no tardaria en borrarse, y algun pretendiente rico no tardaria en quitársela. Este idea le perseguia tan vivamente y acabó por exasperarle de tal modo, que tomó la determinacion de ir á ver á Gracia para abrirle su corazon antes de marcharse. Sin duda lo rehusaría, pero tal vez le compadeceria y no le olvidaria tan fácilmente, como si se hubiera marchado sin decir nada.

Empezó por subir con paso rápido la colina, pero á medida que se acercaba á Woodbine-villa fué desanimándose.

Llamó á la verja.

Miss Garden, le dijeron, no está en casa.

— Todo se vuelve contra mí, se dijo.

Volvió á tomar tristemente el camino de Hillsborough; á la entrada de la ciudad encontró un gentleman que llevaba una señora de cada brazo. Una de estas señoras era miss Garden. El feliz caballero era M. Coventry, que Enrique hubiera tenido ocasion de ver á menudo, si este no hubiera pasado los cuatro últimos meses en Paris. M. Coventry habia vuelto mas amable que nunca, y Gracia radiante de placer hablaba con él

como una joven cándida muy contenta de pasearse con un hombre que la agrada.

Estaba tan absorbida que no distinguió á Little. Enrique bajó de la acera para dejar paso á las señoras y ellas no le vieron.

Al pronto se sonrojó de placer cuando distinguió á Gracia, y luego se apoderó de él un frío glacial.

El gentleman era hermoso y de un exterior imponente.

Miss Garden parecía feliz apoyada en su brazo, tan alegre como él; y Enrique, su humilde adorador, estaba abatido y triste.

Aquel encuentro no era una prueba terrible, y sin embargo, contribuyó á hacer comprender á Enrique la inmensa desventaja de su posición, comparada con la de su rival, que pertenecía á la misma clase social que la joven.

Hasta entonces sus sentimientos habían siempre combatido su razón; pero se hallaban de acuerdo con ella, para descubrirla que después de haber trabajado largos años en Londres ó en Birmingham para reunir una fortuna, jamás ocuparía él la posición que ya ocupaba aquel desconocido.

Y luego, mientras él trabajara lejos como un esclavo, aquel hombre y otros muchos harían la corte á la joven.

Gracia podría rehusar su mano á algunos, pero no á todos.

— ¡Ojalá no la hubiese conocido nunca! murmuró en su desesperación.

Después de haber tomado la firme resolución de volverse con su madre, para decirle que hiciera sus preparativos de marcha, aceleró su paso por temor de que su pobre corazón no flaqueara.

Pero ¡ay! una vez tomada esta resolución, pareció que de su corazón desbordaba un torrente de odio á la humanidad.

Ardía en deseos de vengarse de Jobson, de Parkin, de Grotait, de Cheetham y de todos los que habían contribuido de un modo activo ó pasivo á sumergirle en la desesperación.

La fábrica de M. Cheetham estaba en su camino y se dijo que podría dar un mal rato á M. Cheetham.

El dios de Cheetham era el dinero; hábale sacrificado por dinero; iría, pues, á buscarle y le heriría en el corazón hiriéndole en el bolsillo.

Entró en el despacho.

M. Cheetham no estaba; pero Enrique encontró á Bayne y al doctor Amboyne.

— M. Bayne, dijo bruscamente, vengo á buscar mi dinero.

Su tono era tan agresivo que se alarmó Bayne.

— Mi querido Little, contestó, M. Cheetham se ha retirado á su casa con un fuerte dolor de cabeza y el corazón oprimido.

— Tanto mejor, no tengo yo empeño en decirle cara á cara que es un cobarde. Lo que ahora le pido es mi dinero, que vos podeis entregarme.

El pacífico Bayne dirigió una mirada desconsolada al doctor Amboyne.

— Os lo he contado todo: ¿no debería M. Little esperar á mañana para hablar con M. Cheetham? Yo no soy más que un simple empleado y un hombre pacífico.

— Que deba hacerlo ó no, yo creo poder responder que lo hará.

— No puede ser, replicó Enrique con tono breve, mañana salgo de Hillsborough.

— ¡Ah! eso cambia; pero ¿teneis precisión de dejarnos con tanta prisa?

— Sí, señor.

— Lo siento mucho; decidme vuestras razones y no creais que lo digo por pura curiosidad.

Enrique respondió con menos franqueza que de costumbre.

— ¿No es razón suficiente para salir de aquí el haber expuesto mi vida, sobre todo hoy que me quitan el sustento?

— La razón es buena; pero en el día ya vuestra vida no está en peligro y tampoco habeis perdido el sustento, pues hablando claramente, en cuanto he sabido que os despedían he venido aquí á preguntaros si quereis entrar á mi servicio, con las mismas condiciones de M. Cheetham, solo que hablaremos de guineas en vez de hablar de libras.

— ¡Cómo! ¿Para ser médico?

— No, no: la Union de los médicos se opondría. No, M. Little; vengo á pedir un favor y es que entreis á mi servicio á ojos cerrados durante una semana. Después me dejareis si os conviene.

— No puedo negarme, contestó Enrique bajando la cabeza; habeis sido siempre muy bondadoso conmigo; pero recordad estas palabras, doctor, esta ciudad será causa de mi pérdida. ¿Cuándo empezamos?

— Mañana á las diez.

— Convenido.

Y salió de la fábrica con dirección á su casa diciéndose en el camino:

— No soy yo quien lo ha querido.

Y su corazón se regocijó en secreto.

Contó á su madre cómo habían triunfado los cuerpos de oficio y se había quedado sin trabajo.

Su madre le consoló hipócritamente, pues en el fondo de su alma estaba contentísima; pero cuando añadió que el doctor Amboyne había aplazado su partida, manifestó alguna inquietud y dijo:

— Una pregunta, hijo mío. Supongo que ahora que las Uniones os han vencido no querrais ya vengaros,

— ¡Oh! no, está acabado todo. Los vencedores pueden mostrarse generosos; ¡que el cielo los confunda!

— En ese caso nada me importa, estoy tranquila. Quedaos, pues, en Hillsborough; ¿por qué no marcharais? Esperad con paciencia á ver el giro que toman las cosas.

— ¡Cómo! ¿Ahora deseais quedaros aquí? preguntó Enrique estupefacto.

— Deseo estar en cualquiera parte donde mi hijo se halle dichoso y al abrigo del peligro.

Al otro día Enrique fué á casa del doctor Amboyne y le halló dando una lección de lectura á un joven que tenía veinte y dos años, aunque no aparentaba más de diez y seis.

La llegada de Little interrumpió la lección y el discípulo echó á su alrededor miradas temblorosas.

Tenía aquel joven un semblante femenino, en el que se notaba una expresión extraviada y enfermiza.

Sin embargo, de tiempo en tiempo se iluminaba con el destello de una viva inteligencia.

— Buenos días, Little, dijo el doctor: aquí teneis á vuestro compañero de trabajo.

— No me parece que ha inventado la pólvora, dijo Enrique con la brusca franqueza de un obrero.

— ¡Cómo! ¿Ya lo habeis advertido? Sin embargo, hay dos cosas en que puede desafiar á cualquiera, y así es que podrá seros útil. Algunas personas le llaman idiota: la expresión es fuerte, pero no exacta: yo le he puesto por nombre: Anomalía. Vamos, Anomalía, dad la mano á M. Little y admiradle.

Anomalía obedeció inmediatamente, y habiendo examinado un instante la fisonomía de Enrique, dió su parecer diciendo:

— Es hermoso y negro.

— Mas negro aun le he visto yo, dijo el doctor. Y ahora que le habeis admirado, contemplad esas imágenes mientras yo hablo. Dos mil filósofos nos abrumaban con sus escritos sobre el trabajo y el capital, M. Little; pero yo varío el refrán y digo: la vida, el trabajo y el capital, la vida á la cabeza de la discusión. Ahora bien, divido yo la vida en larga y feliz. El asunto es demasiado vasto para que pueda tratarse de una vez; pero no obstante, os quiero dar una ligera idea. El rústico trabajador del Mediodía vende su trabajo muy barato para poder vivir bien; error, error grosero. El jornalero del Norte recibe cortos salarios comparados con los de un minero ó un cuchillero; pero tiene lo bastante para conservar su salud y vive más tiempo y es más feliz que el herrero y el cuchillero. Examinando los diversos oficios de Hillsborough se ve que unos consultan esta balanza exacta de la vida, el trabajo y el capital, en tanto que otros la descuidan completamente. Un herrero gana tanto y más que un afilador, siendo así que el oficio del primero, aunque penoso es sano, en tanto que el otro tiene de perspectiva una muerte prematura al cabo de quince años de mala salud y de miseria. Los que tallan limas reciben menos salario y son más desgraciados. ¿Qué debe hacerse, pues? ¿Aumentar los salarios de los oficios más nocivos á la salud? Esto no podría obtenerse sino en el caso de que obrasen de acuerdo todas las Uniones, y como los filósofos rivales que dirigen esas Uniones están todos contra mí, no dan ningún valor á la vida y se sonríen benignamente á la muerte.

— ¿Y qué podemos hacer? Yo soy una prueba de que no se puede combatir á las Uniones.

— Voy á deciroslo. Dejemos al filósofo sacrificar la vida y emprendamos nosotros el trabajo, que tiene por objeto salvar la vida á los cuchilleros.

— Mas dispuesto estaria á quitársela.

— Naturalmente, y por eso he cambiado las libras en guineas.

— Muy bien, dijo Enrique sonrojándose. No me esperaba yo ganar así seis guineas por semana. ¿Cómo lo haremos?

— Reuniendo los esfuerzos de vuestra inteligencia. Teneis cerca de la sien una protuberancia, que he observado en el cráneo de todos los inventores. Deseo, pues, que visiteis los talleres, que estudiéis cómo se expone en ellos la vida por accidentes que podrian evitarse, y cómo se abrevia por el polvillo del acero y de la piedra, por el sulfato de plomo, etc., y deseo también que busqueis el remedio.

— Mucho me temo, dijo Enrique, no ganar honradamente mi salario.

— ¿Prefeririais la venganza á la filantropía?

— Sí, doctor.

Y sus ojos negros despidieron chispas.

— Es muy natural. Secundad mi manía por el pronto, que yo favoreceré la vuestra dentro de un mes ó dos. Creo que lograré descubrir al culpable.

— ¡Ah! Si me decís su nombre, me entregaré después á vos para todo lo que querais.

— Eso es, cuando hayais abierto la cabeza al prójimo.

— Es imposible que lo descubrais; todas esas infamias se guardan en secreto en la tumba.

— Muchas veces la tumba revela los secretos al buen observador. El doctor Donne, paseándose por un campo santo, vió que un sepulturero sacaba un cráneo de la tierra, le examinó, descubrió un clavo, hizo constar la identidad de la calavera, y ahorcaron á una mujer convicta de asesinato. Ahora bien, el día de vuestro accidente observé yo una cosa, y gracias á mi arte, he podido sacar una conclusión.

— ¿Gracias á la medicina?

— ¡Oh! no, me refiero á mi arte por excelencia, el de ponerme en el lugar de los otros y que ejerzo gratis

Escuchadme. Mientras estabais tendido en el patio de M. Cheetham, observé atentamente los rostros de los obreros, que todos ellos expresaban el dolor y la conmiseración, excepto el de un hombre que parecía haberse despertado de una pesadilla: este expresaba la confusión y el asombro. ¿Por qué tu semblante difiere tanto de los de tus compañeros? me pregunté. Al punto me puse en su puesto; cesé de ser el Demócrito de Hillsborough para convertirme en un obrero de baja esfera, en un bruto sin educación, y entonces le pregunté, esto es, me pregunté á mí mismo por qué permanecía allí mirando al herido con aquel aire tan estúpido y espantado. ¿Habrás tomado parte en el crimen? me pregunté. Y luego como me reconocía culpable, me dije que había cometido aquel acto por agrandar á las Uniones y contando con la simpatía de todos mis compañeros. Así comprendí, que siendo un bruto ignorante, no me había dado cuenta del dolor que iba á causar. ¿Cuál era el resultado? Veía á mi víctima y detestaba mi propia acción. Todas las simpatías de mis compañeros eran por el herido y á mí me maldecirían y estaba seguro de sufrir igual suerte si confesaba mi falta. Luego volvía á ser el doctor Amboyne y obtenida mi teoría, la comparaba con el rostro consternado: la experiencia era completa; el criminal era aquel hombre que tenía delante.

— ¡Gran Dios! Todo eso es bien profundo.

— Muy profundo, y así es que lo dejaremos por ahora y pondremos manos á la obra. Hé aquí unas cartas que os introducirán como mi delegado en las principales fábricas. Principiad por... Vamos á ver, me pondré en vuestro lugar: los afiladores de Cheetham piensan que me han expulsado de Hillsborough, y esto mortifica á un joven de mi mérito. ¡El cielo les confunda! Quisiera demostrarles que no lo han logrado. Bajo todos conceptos, soy superior; trabajo mejor que ninguno de ellos y ahí está mi crimen. Bien: siempre seré superior. Soy su inspector y su bienhechor; gano un salario más elevado que ellos, por inspeccionarlos ó por otra cosa... ¡Ah! os sonrojais... es que he tocado la cuerda sensible. ¿No es admirable mi arte de trasmigración? Principiareis, pues, por la fábrica de Cheetham. A propósito, Anomalía ha visto allí una piedra defectuosa. Escudriñadlo todo, pues nadie hace menos caso de la vida de sus obreros que mi buen amigo John Cheetham. Id, pues, los dos y que el Señor os guíe.

Enrique bajó la calle con Anomalía y trató de sondear su inteligencia.

— ¿Cuál es vuestro nombre verdadero?

— Billy, el idiota.

— Temo que no me sirvais de mucho.

— ¡Oh! sí, yo puedo, porque...

— ¿Por qué?

— Porque os tengo cariño.

— Lo agradezco.

— Billy el idiota, sabe pescar truchas cuando no las pesca nadie, dijo el joven mirando á Enrique con altanería.

— ¿De veras? Pero ya sabeis que no es eso lo que el doctor exige.

— No, y sin embargo, si no fuera por Billy y las truchas, seguramente moriría.

Enrique arrojó una mirada de conmiseración al pobre idiota y le dejó su agradable ilusión.

Preguntábase con sorpresa por qué el doctor Amboyne había agregado aquel bípido á su persona.

Llegaron á la fábrica de M. Cheetham.

Enrique penetró con aire sombrío en el despacho y enseñó sus cartas á M. Bayne.

— No teniais necesidad de esto, M. Little.

— Mas vale así, para que no haya errores con los amos de vuestro patron. Vengo con el consentimiento de M. Cheetham, que está aquí por escrito, á visitar los talleres por cuenta de mi nuevo patron, el doctor Amboyne.

— Muy bien, contestó Bayne con aire obsequioso, y solicitó respetuosamente la honra de acompañarlos.

— Amigo mío, exclamó; soy un oso y tengo el corazón ulcerado, pero sería menester que no tuviera conciencia para disputarme con vos. Comencemos por los afiladores que son los que han querido expulsarme de la ciudad: me pagan para que cuide de su salud... ¡Que el cielo los confunda!

Visitaron, pues, los talleres de los afiladores, donde hizo Enrique las siguientes observaciones:

El cabello y la ropa de los obreros estaban cubiertos de polvillo del metal y la piedra. El aire que allí se respiraba estaba tan impregnado de aquel polvo que no tardé en sentir irritación de pecho. Una muerte prematura debia ser la consecuencia natural de semejante estado de cosas.

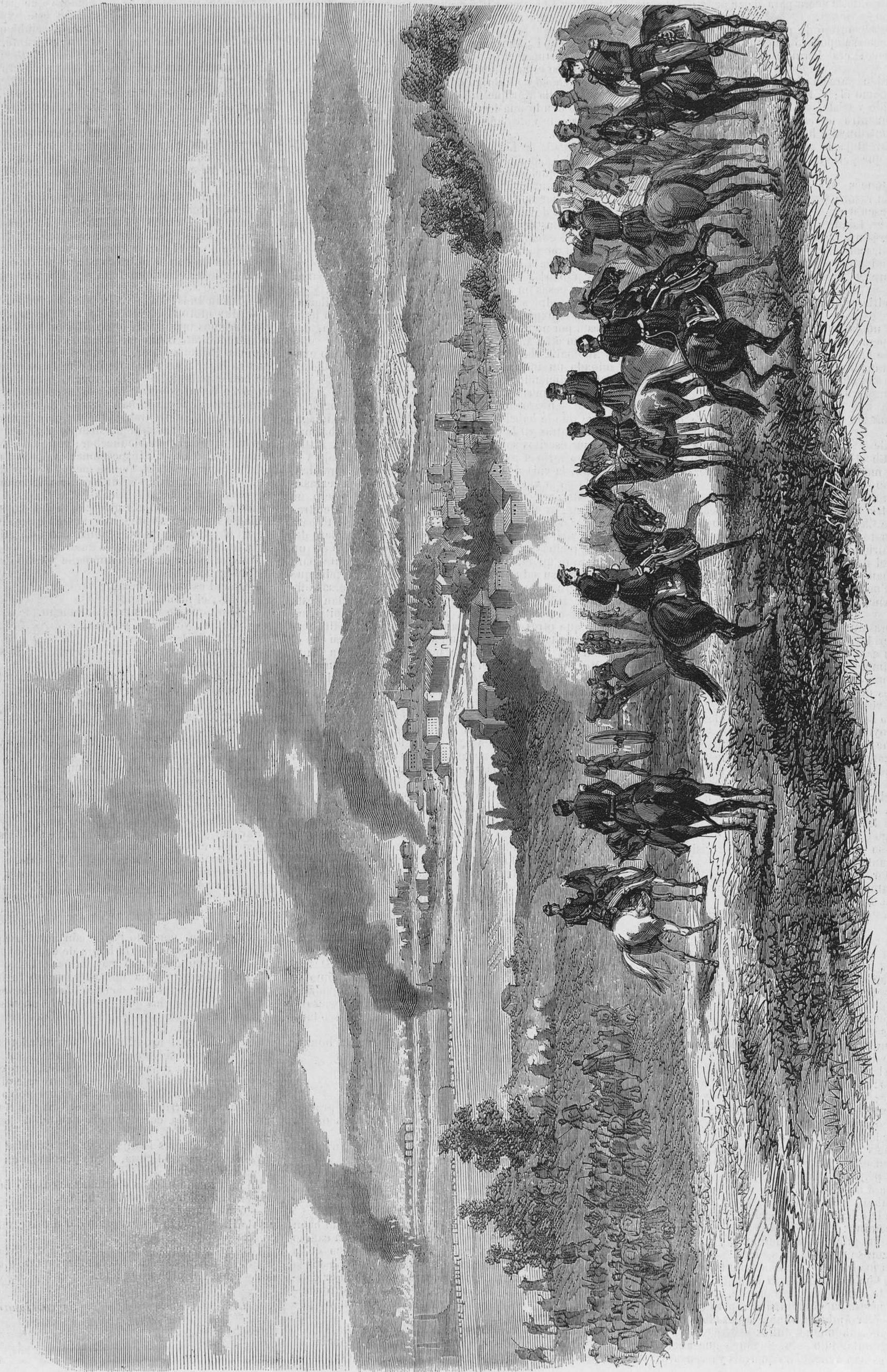
Aquellos hombres le dijeron que la cantidad de metal pulverizado era prodigiosa, y que penetraba en su cuerpo no sabian cómo.

Un afilador de navajas de afeitar le enseñó la camisa que era del color de la piel del búfalo.

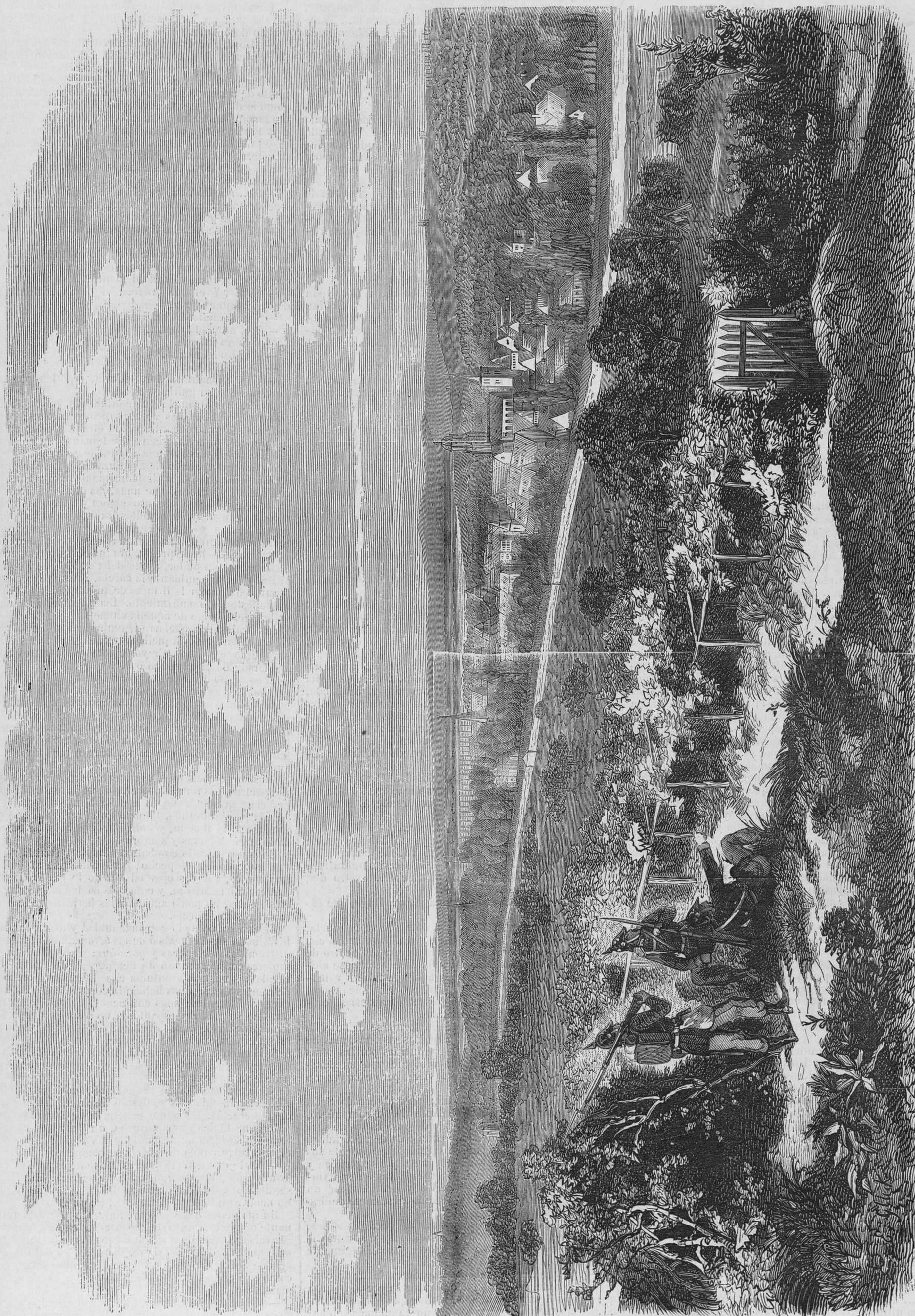
— Y ayer me la puse limpia, pero todas las lavanderas de Hillsborough no lograrían dar á mis camisas otro color.

Los tristes efectos que de ello resultaban para la vida y salud estaban visibles: los hombres estaban encorvados y tenían el pecho hundido.

(Se continuará.)



LA GUERRA. — Combate de Saarbrück.



LA GUERRA. — Panorama de Vissemburgo : Vista tomada de las alturas que dominan la ciudad por el lado de las fronteras bávaras.

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Libro primero.

(Continuacion. — Véase el N.º 919.)

— Tenian razon, señora, continuó en seguida... teniamos razon... ya lo ve Vd... hipócrita y egoista... las dos cosas... la risa y el llanto... la risa para mentir á la sociedad... las lágrimas, señora... perdone Vd... no son ya para nadie... podian hacerle daño... son para mí, señorita... nadie me queda que deba mirarlas... menos quien pueda verterlas... Pero yo... yo todavía tengo á ratos el derecho de hacerlo, sin hacer mal. De la compasion que para mí propio tenga, nadie me acusará. Para los demás... ya ve Vd... la llamarian hipocresia, tal vez seduccion... Hubiera Vd. huido ya. Por eso, cuando me enternece por Vd. lo oculté... fui hipócrita, y sin embargo... me enternece... No se asuste Vd... ya ha pasado... Lloré dentro de mi corazon por Vd. y por Blanca. ¡Ah! era una flaqueza harto natural... Se presentaron de repente á mi imaginacion aquellos dias melancólicos y apacibles, aunque llenos de dolor, en que volvió Vd. á la vida y á la salud entre los brazos y como al aliento de Irene; aquellos dias, señora, en que, deslumbrada por su aparicion celestial, ignorando por dónde habia penetrado en aquella mansion, fué Vd. alguna vez á acechar si se desvaneceria en la atmósfera por las galerías del patio, y la vió Vd. tomando su toca y escapulario, y la miró Vd. arrodillada al pié de un crucifijo, haciendo oracion por la salud de los enfermos... Aquellos dias en que, exaltada por un ejemplo de tanta piedad y de tanta dulzura, creyó Vd. tambien un momento que podría Vd. encontrar en su santo ministerio el centro de sus deseos, y entonces Irene, inspirada por una caridad ardiente, desaprobó una vocacion de despecho, que no tenia raices en el espíritu, y la hizo comprender á Vd. cómo no era Vd. bastante desgraciada para sentir la necesidad del claustro y la felicidad del sacrificio... Aquellas conversaciones sublimes, en que expuso á los ojos de Vd. como una profesion no menos sagrada, no menos meritoria, el enlace con un hombre que, bastante delicado para no aprovechar la ocasion de interesar su corazon de Vd. con su personal asistencia, la habia buscado á ella, la habia enviado como una providencia del cielo... Y luego, señorita, de parte de Vd. recordé las promesas solemnes, la conviccion santa, el consentimiento y la lucha interior y las lúgubres aprensiones durante el plazo que Vd. habia pedido para cumplirle... la vida ascética y melancólica á que Vd. se condenó en este período... y luego recordé la visita de Enrique cuando volvió para dejar á su lado de Vd. la bondadosa señora que sirvió á Vd. de madre, y á quien Vd. ha tenido el don de interesar contra la impaciencia de su sobrino... Y luego recorrí, señora, la série de tristes combinaciones que han obligado á usted á emprender este viaje para acercarse á su prometido... para ir hoy, que lo necesita él; hoy, que no puede abandonar lo que le queda de familia y enfermos deudos, á pagarle los cuidados que en otra ocasion prodigó con tanta generosidad y amor... Y yo me representé, señora, la desgracia de un jóven tan digno, que al fin no se cree amado sino por deber, y que para ser dichoso necesitaba la pasion... Y de parte de Vd., señorita, comprendia el no menos acerbo pesar cuando, al abandonar aquel clima meridional y hermoso, donde dejaba usted hasta la esperanza de la vida, llevaba Vd. para consuelo de sus amarguras la creencia de un principio de muerte... y en fin, señorita, yo adivinaba cómo á su paso de Vd. por la capital, y antes de consumir el voto de tan solemnes empeños, quiso Vd. penetrar aquí una noche, entregarse al espectáculo de la alegría, al vértigo de la locura del mundo, como paseaba, prendida y ataviada, las calles de nuestras ciudades una jóven novicia la víspera de su profesion... Ya lo ve Vd., señorita, si conocia estos pesares, si podia enternecerme por ellos... ¿Por qué no?... Es lo único tal vez porque puede enternecerse mi corazon. Esos dolores retirados y latentes, esos dramas silenciosos de sentimiento, que se traman, se desarrollan y se consuman entre cuatro paredes encaladas, ó dentro de una alcoba colgada de seda, los sé sentir. Puede ser que la sangre, los gritos de espanto, los infortunios de crímen, las catástrofes de horror, me vieran impávido y sereno; pudiera no aterrarme la vista de un campo de mortandad al otro dia de una sangrienta batalla, pudieran no conmoverme los sollozos que salen del fondo de las mazmorras, ó los alaridos de las víctimas al aspecto de un patíbulo levantado. Para eso, señora, tengo, no dureza, sí resistencia; tengo la fuerza que inspira la grandeza del mal... Pero esos infortunios impalpables de una situacion que nadie compadece, los compadezco yo, señorita, y podia compadecearlos en Vd. Ahora ya no. Cuando esa reconvenccion acerba, lloraba por unos padecimientos de que yo solo podia darme cuenta... era una flaqueza... era aquí, en un salon, donde ni Dios me mira ni el mundo me hace caso... Y podia tenerla... Era la postrera, era la agonía de las últimas debilidades, de las últimas memorias, de

las últimas centellas de vida de mis afectos de hombre. Malos ó buenos, hipócritas ó egoistas, aquí quedarán. Usted vió mi última ternura, y este es mi último llanto, porque... ya lo sabe Vd., si no lo ha olvidado... Tambien es esta para mí, como para Vd... *la última noche del mundo.*

V.

¿Quién podría pintar lo que pasó en el alma de Sofia todo el tiempo que de los labios de Javier habia corrido aquel raudal de palabras?... Solo el cielo pudo saberlo; supolo su corazon despues de mucho tiempo... supolo por toda su vida... Entonces no; ni ella misma lo sabia.

Mil veces habia querido interrumpirle con gritos de sorpresa, con exclamaciones de admiracion, con impresiones de terror, con preguntas de curiosidad vehementísima; mas ni para lanzar un suspiro ni para articular una exclamacion habia tenido aliento.

Sus ojos habian quedado clavados, fijos, inmóviles y abiertos sobre los de Javier, como los ojos vidriados de un cadáver antes de que la piedad se los cierre.

Sus brazos pendian al lado de su cuerpo, rígidos y sin movimiento, con las manos abiertas y convulsas. Habian tomado asiento en una banqueta de la testera del salon, en la primera pieza de descanso; que mal hubiera podido sostener en pié la impresion abrumadora de aquellas palabras.

No podría decir en aquel instante si era un tormento ó un éxtasis lo que la embargaba ó la desvanecía. Su cabeza vagaba en una region de fuego y de nubes, como separada de la tierra y suspendida sobre un abismo.

Así quedó, sin voz, sin vista, sin accion, mirando á aquel hombre, y luego, en vez de dirigirle la palabra, paróse primero, como interrogándose á sí propia.

Aquel sér, que sabia su historia, que habia penetrado en los mas escondidos repliegues de su existencia, que adivinaba su pensamiento, ¿quién era?... Aquella indefinible impresion de terror y de ansiedad que sus palabras excitaban ¿qué era?... Nada de esto sabia.

A preguntarle lo primero no acertaba; lo segundo, no era él quien habia de decirlo, y ella no se atrevia á profundizarlo. Sentia, sí, que, como arrebatada de un huracan, como llevada en espíritu por los espacios, en aquel brevísimo período de tiempo habia vivido muchos dias, muchos años, concebido muchas pasiones, padecido muchos desgracias...

Rendida, postrada, como si hubiera corrido jadeante muchas horas por un camino escabroso, cuando despues de algunos momentos advirtió el silencio de Javier, parecióle que habia tenido una pesadilla. No dijo nada, no preguntó nada.

Pasó su pañuelo por lo alto de la frente, limpió su frio sudor, y contemplando á aquel hombre, que habia recobrado su calma severa y su tranquilidad resignada, sorprendida de no encontrar en su semblante huellas de sentimientos volcánicos, ni en sus ojos vestigios de malos pensamientos, solo pudo exclamar:

— Caballero... ¿sabe Vd. si he dormido?...

— No lo creo, respondió; pero puede Vd. haber soñado.

— ¡Oh! ¡Y qué extraña pesadilla!... Pero no... no crea Vd. que le voy á pedir su explicacion... no me la podría Vd. dar... no la podría comprender... Pero, en cambio, pediré á Vd. una gracia.

— ¡Señorita!... ¿Una gracia á mí?...

— Sí, ciertamente; ahora no puedo hablar; podría parecer extravagante ó loca, como Vd. me ha parecido á ratos horrible... ó... admirable. Necesito retirarme; pero aquí ó en otra parte... otra noche... ú otro dia, deseo que podamos vernos...

— No, hija mia... no le volverás á ver. Huye, que estás perdida...

Esta voz sonó al oido de Sofia, detrás de su banqueta, con un acento que la hizo dar un grito. Era como el clamor lejano de una voz amiga, que saliera del centro de una caverna, del fondo de un sepulcro; y volvióse atónita á mirar de dónde se alzaba aquel lastimero y maternal acento, quizá no mas que el eco fantástico de sus propios delirios, cuando no le creyera el misterioso oráculo de sus negros presentimientos.

Pero en el mismo instante miró formarse delante de sus ojos, como un corro de aparecidas visiones, mas de una docena de máscaras, que, conducidas por las otras que antes les habian interrumpido, hicieron un semicírculo delante de ella y de Javier; pero esta vez no reian ni alborotaban.

Ya cuando venia á aquel sitio, habia observado Sofia que al cruzar valsando por delante de su compañero, varias mujeres le habian dirigido de paso frases de sarcasmo ó de sorpresa, de reprension ó de desafío. Luego parece que todas ellas habian seguido atentamente sus pasos, y fijado sus ojos en el lugar en que se paraba; y luego, cuando el baile dejó de arrebatarlas en sus violentos giros, todas, como llevadas y reunidas por un mismo pensamiento, habian acudido al gabinete de descanso.

Al encontrarse muchas, se habian quedado serias, pero no revelaban menos, en su actitud y ademán, intenciones vengativas y pensamientos sarcásticamente implacables.

— Héle aquí, héle aquí, gritó de nuevo la de la conversacion anterior. No ha abandonado su presa. Dijeron que habias desaparecido del mundo; que habias acabado por aborrecerle. Ya veo que no te conocian bien.

Tienes mas talento. Como le aborreces, continúas en él para hacerle daño.

Tornó Javier á su talante risueño, como quien se preparaba para un largo sufrimiento, y respondió con el mismo desenfado.

— ¡Hola! ¿vuelves á pedirme cuenta de Elisa, de Julia, de Luisa, de Balbina, de todo el calendario?... Mira, recorre el salon y pídesela á tantos otros...

Estas palabras excitaron en el corro femenino un tumulto de murmullos y una algarabía de imprecaciones, como si delante de un auditorio democrático lanzara un orador una frase impopular. Una voz al fin sobresalió mas aguda, y una palabra mas fuerte y mas acerba.

— ¡Calumniador! exclamaba una mujer con verdadera cólera. ¡Calumniador, silencio!... A otros. ¿Fué otro que tú quien llevó la deshonra y la desgracia á una familia entera?

— Sí... añadió otra, ¿y el que estorbó el honroso enlace de una jóven ilustre y bella, y la lanzó en una vida de perdicion y de desventura?

— ¿Y el que impelió á otra infeliz á tomar un tósigo, abandonándola en las convulsiones de la agonía?...

— ¿Y el que se complacia en atormentar á una desgraciada que le amaba con pasion, dándole unos celos cada noche, hasta volverla demente?...

— ¡Oh! ¿Y el que provocó el desaffo del marqués de B...? dijo una voz.

— Y el suicidio del anciano S...

— Y el atentado de L...

— Y es un infame.

— Y es un monstruo.

— Y es un hipócrita.

— Y es un calumniador, todavía, repetian por todos los tonos con su guirigay espantoso.

Javier, mas atronado que confundido, no dejaba sin punzante réplica estas acerbas reconvencciones; pero á cada respuesta se encontraba con otra interpelacion mas fulminante. Aquella escena iba tomando un color mas pronunciado que el de una chanza de carnaval.

No era una relacion de aventuras la que le reproducian aquellas mujeres diabólicamente conjuradas, era una série de horrores, que unas tras otras evocaban con gritos que parecian conjuros; eran palabras impropias de aquel lugar y de aquellos trajes, exaltadas por la contradiccion y el desprecio; ora afilados sarcasmos, invectivas de hiel, ora exclamaciones de indignacion, ora arranques de desprecio, ora insultos de vituperio, y hasta frases sin pudor, á que daba suelta en el corazon la ira, y en el semblante la careta. Javier parecia estar á punto de perder la firmeza de su propósito y la calma de su estudiado sufrimiento. Iba apoderándose de su espíritu el vértigo de aquella situacion.

Las brujas del aquelarre le embriagaban con el prestigio del sortilegio. Aquellos aullidos y aquellas carcajadas eran ensalmos. Creyóse, como poco antes Sofia, apoderado de un ensueño ó de un delirio.

El estrépito de la orquesta comenzaba de nuevo, y la batahola del salon progresivamente crecia. En el ambigú se habia dado principio á la cena, el sonido de copas y botellas alternaba con la grito desacorde del alborotado festin, y aquel torbellino de mundanales placeres levantaba en torno de él, como las espumas de aquella tempestad, oleadas que le salpicaban de pavor y de amargura.

Ofuscábanse sus ojos, vagaban en torno de él visiones y espectros, los remordimientos de su juventud disipada parecian presentársele en aquella hora suprema de su agonía para el mundo, tomando una realidad, que confundia con la ilusion, y obligándole á batallar como si batallara con larvas y sombras.

En aquel extraño combate no hubiera temido recibir una estocada en el pecho; pero hallábase al lado de otra mujer, á cuyos ojos tal vez no le era indiferente parecer un monstruo, y como los soldados de Pompeyo en Farsalia, no podia aguantar las heridas que le hicieran el rostro deforme.

El hubiera contado con ingenuidad y desembarazo la historia de sus flaquezas ó de sus errores, metódicamente distribuidos por épocas y por años; pero todas aquellas mujeres congregadas en un tiempo y en un punto, repitiendo las mismas aventuras con diferentes nombres y diferentes voces; unas hablando como interesadas, otras como indiferentes; unas con acento natural y sentido, otras en su guirigay espantoso; unas sin perder su burlona jovialidad, otras afectando animosidad y resentimiento, presentaban de un golpe, y multiplicándola indefinidamente, como un salon lleno de espejos, una vida muy larga, empleada toda en engañar, en hacer padecer á un sexo entero.

No le era dada tanta resignacion, tanto sufrimiento. Hubiera parecido una confesion insolente ó una expiacion merecida. En aquel concierto de acriminaciones habia una tónica que dominaba, un tema que incesantemente se repetia: despues de las acusaciones contra él, una advertencia dirigida á su compañera.

— No le creas, no le quieras, no te dejes perder... Ese hombre no tiene pasion, no tiene ternura. Mírale... ni siquiera presenta la disculpa del amor... Ese hombre no ama... no ha amado nunca... no puede amar.

Un momento hubo en que, animado por esta fulminante acusacion, alzó de repente su cabeza, sudando, convulso y echando atrás sus cabellos, con aquel ademán que habia hecho ya resplandecer su aspecto á los ojos de Sofia, clavando en la cual su mirada luminosa, como si á ella sola diese razon de lo que los demás demandaban.

— Mirad, señora, le dijo, que en esa disculpa que me quitan, ellas mismas se condenan y afrentosamente se

rebajan. Sin amor, señora, sin ternura, sin pasión, he alcanzado tantos triunfos y causado tantas víctimas: considere Vd. si es á mí ó á las heroínas de esas historias, á quienes infaman y calumnian...

Y luego, levantando su estatura, coléricos, pero tristes los ojos, y con sonrisa de amargo desden en los labios, desabotonando su frac, como si le rasgara para poner su pecho al acero de un desafío, y trocando su continente reportado por el ademan resuelto de un cavalierismo audaz, añadió volviéndose á ellas:

— Verdad, sí, verdad y desgracia es que he sido mutable; pero venga aquí la firme, la constante, la fiel; venga aquí, y descúbrame, si entre vosotras hay alguna, aquella á quien haya abandonado primero; venga aquí, ó buscad por esos salones una que, arrancándose el antifaz, pueda cara á cara decirme ó decirnos: «Yo no le he desvanecido ilusión alguna de constancia ó de virtud; yo no le he desencantado de ninguna creencia; no le he hecho ninguna perfidia; no le he dado celos con hombres de mas hermosa presencia; no le he preferido caracteres mas depravados; yo he dado un objeto noble á su vida; yo he procurado mantener en elevación su alma; yo no me he fatigado y aburrido de él primero; yo no me he quedado con la vanagloria de plantarle ó despedirle.» Traedme una mujer que pueda dirigirme palabras como estas, y vereis cómo aquí, delante de vuestros ojos, me postro confundido á sus plantas, y beso con lágrimas el polvo de sus huellas...

Era ya esta escena violenta en demasía para diversion de carnaval, y Sofía conoció que debía ponerse término. Se levantó para irse, pero también le pareció de ánimo cobarde dejar solo á Javier en aquel momento. Acaso le hallaba entonces interesante, y en aquella actitud, casi hermoso.

Parecía que cada una de aquellas que tanto le acaban, hubiera admitido su brazo y acompañádole en vanecida. Las últimas palabras las habían confundido como un tremendo exorcismo, y se aprovechaban, para dispersarse, de los primeros compases de un vals que comenzaba. Sofía le invitó á que la siguiera con ellas al baile; él, ya mas tranquilo y respetuoso.

— Señorita, respondió, Vd. debe conocer que mi triste compañía solo sinsabores acarrea; buscaremos á su mamá de Vd., y me permitirá Vd. que me despida.

Fingió Sofía aceptar esta invitación para alejarse de aquel sitio; pero el corazón de aquella mujer hallábase demasíadamente sorprendido, para consentir una separación tan repentina. A los pocos pasos no pudo recatar la extraña situación de su espíritu.

— No, no es posible, decía, que nos separemos así... Usted sabe quién soy yo, Vd. conoce toda mi historia; y yo, á la primera vuelta del salón, ya no podré dar ni con el rastro de su nombre de Vd...

Y el acento de estas palabras revelaba una penosísima angustia.

— Señorita, replicó Javier, eso está muy compensado. Vd. podrá reconocer mi semblante en todo lugar, en toda ocasión. Yo, señorita, de Vd. he adivinado indudablemente la hermosura: pero al fin, yo no la he visto á Vd. en mi vida.

— Pero Vd. sabe toda la mía.

— ¡Es verdad!... sé lo que Vd. me ha referido... sé lo que me ha dejado conocer la amistad... sé lo que ha podido adivinar mi experiencia... y Vd. en tanto sabe de mí todo lo que contaban aquellas máscaras al hacer la historia de mi vida.

— ¿La historia de su vida de Vd. ? exclamó Sofía parándose aterrada... ¡Qué!... todas aquellas anécdotas, de que Vd. se defendía con tanta elocuencia... con tanto calor he querido decir... ¿son verdad?...

Javier, como poseído de una tristeza profunda, y con una ternura que parecía desmentir la amargura de su confesión.

— Señorita, replicó, delante de aquellas mujeres debía defenderme: á Vd. ni puedo ni debo mentir... En aquellas historias hay una verdad muy espantosa.

Sofía dejó caer su cabeza sobre el pecho, arrojó su diestra á las sienes, como para apoyarla, y poniéndose á mirar de través á aquel hombre, quedóse inmóvil. Aquella joven, prevenida de un peligro por tantos avisos; aquella mujer, á quien una fuerza desconocida arastraba en pos del mismo que la sorprendía y amedrentaba; aquella sobre cuya imaginación habían quedado profundamente grabadas las palabras de su audaz desafío, había esperado vivamente de sus labios una explicación y una disculpa. La respuesta de Javier, haciéndola tocar nuevamente una realidad que hubiera querido ilusoria, la heló de espanto. De aquellos ojos desencantados con que miraba penosamente á Javier, hubiérase dicho que leían en alguno de aquellos moldes de artesones las infernales palabras del Dante. Sofía no las pronunció. Era tal vez demasiado tarde, tal vez no las podía leer, tal vez había pasado las puertas de la inscripción irrevocable. Tal vez no se ocupaba de sí misma; y para el horóscopo de su compañero, su memoria encontró en los umbrales del cielo, y dictada por el genio angelical de una mujer, una expresión mas amarga que la del poeta italiano. Cuando Javier, como abrumado bajo el peso de su silencio de asombro, se atrevió á preguntarle la significación de la mirada sostenida y fulminante con que se sentía atravesar el alma.

— Me estaba acordando, contestó Sofía, de cómo llamaba al diablo Santa Teresa: *Ese desventurado, que no puede amar...*

— Y me tenía Vd. compasión, ¿no es verdad?... replicó Javier.

— No por cierto, replicó Sofía; para tener compa-

sión del diablo es necesario ser un ángel... y yo... no soy mas que una pobre mujer... Además, añadió con calma, para esa compasión necesitaba haberle creído á usted... y yo todavía no me he atrevido á tanto...

En el acento de estas palabras había una sinceridad indisputable; pero de las razones de aquella incredulidad, ni ella misma podía darse cuenta. Al decir «todavía no creo», pudiera aplicarse el verso profundo de Zorrilla:

Que dudar es tener miedo
De creer una verdad.

Javier, como saliendo al encuentro de sus incertidumbres,

— Mil gracias, exclamó, mil gracias, señorita, por ese juicio. Doy á Vd. gracias por no haber recibido de usted palabras mas acerbas. Doy á Vd. gracias por esa frase y por esa opinión, á la cual debo una explicación, señorita, ya que, por desgracia mía, no me sea dado presentar ni una disculpa ni un desengaño. Yo no soy un monstruo, señorita; cúmplame alejar de su fantasía de Vd. toda especie de exageración infundada é inverosímil. Vd. ha tomado sus palabras de los labios de una santa, cuya autoridad sienta admirablemente en la boca de la juventud y de la hermosura. Yo tomaré mi respuesta de un talento mas profano y mas sombrío, de Shakespeare, y diré solamente, como Hamlet á Ofelia: *Tal vez soy medianamente bueno, aunque, en vista de mis flaquezas, me estuviera mejor no haber venido al mundo.* No puedo ostentarme como un ser demasiado importante, ni para el bien ni para el mal. Yo no soy el diablo, señorita; tampoco yo ¡pobre de mí! soy mas que un hombre... Hay verdad en lo que dijeron aquellas máscaras; yo encontraría razones para disculparme; no las tengo para desmentirlas. Es muy fácil, señora, expresar pasiones en el lenguaje convencional de una sociedad elegante, ó imaginarlas con una fantasía ardiente, ayudada de la experiencia del mundo, como es fácil hacer que se ha viajado por países remotos. Lo que es difícil, es sentir las, lo que es imposible, es que nazcan porque la voluntad lo ordene. El humano albedrío es libre, señorita; pero el sentimiento no. La inteligencia se cultiva ó se enriquece; el corazón que se quiere violentar se deprava. Mas comun es encontrar un hombre que levante del suelo muchas arrobas de peso, que un atleta de pasión, capaz de sostener uno de esos sentimientos que llenan una vida eterna. De mí, señorita, creyeron un día esa fuerza prodigiosa. Porque dijeron que tenía talento, pensaron que sentiría pasiones, así como se pueden hacer discursos. No me envanezco de ello, señorita, pero tampoco ha sido culpa mía no haber podido comunicar á mis afectos mi entusiasmo ardiente por las ideas, ni el que de mi imaginación, un tiempo muy poderosa, fueran ídolo exclusivo las mujeres. He tenido, como Vd., relaciones y aventuras... algo mas serias, es verdad, algo mas trascendentales; pero no he querido nunca engañar á nadie, y he sido burlado muchas veces. Ninguna de las personas que en la rápida travesía de la juventud contrajo conmigo esas amistades de un día, que, con haber sido muchas, dicho se está que fueron frívolas, debe atribuirme la infelicidad de su propia inconsecuencia ó la incapacidad de su flaqueza. Háse dicho que yo no podía ser fiel á una mujer; ninguna mujer, señorita, me ha podido soportar seis meses. Cuando han sido ellas desgraciadas, no he sido yo venturoso... ¡Ay! hubo un tiempo, sin embargo, en que busqué mi felicidad en la pasión; en que, como los demás, me equivocaba en el juicio de mí propio. Corría también la juventud impelido por las necesidades del alma, y suspiré por la compañía de la vida. Unos, señora, buscan el amor de una mujer como empleo, otros como objeto; yo le quería como móvil, como juez. Sin duda una mujer no podía ocupar mi existencia; pero cuando creí que mi existencia tenía un destino en el mundo, necesité un testigo que me alentara, una dama en el balcón de este torneo, á quien consagrar los premios de la justa. Cervantes no ha podido abolir las leyes de la caballería, que son eternas también; para acometer á los gigantes del siglo y á los vestigios del mundo, es necesaria Dulcinea. Ese juez del campo, ese testigo de la liza, esa princesa á cuyos piés pudiera arrojar las coronas de la sociedad, ese ídolo en cuyas aras debiera deponer los trofeos de la vida, convirtiéndolo en religión el orgullo, no le tuve, señora. Las mujeres quieren ser ellas mismas trofeo ó justador en el combate; yo las había deseado mas altas. No las encontré reinas y señoras, no las admití esclavas, no las pude tener por compañeras. Así corrió mi vida independiente, vaga, incierta, disipada; así, ni mis esfuerzos tuvieron centro, ni mi actividad empleo. La ambición, la vanidad, la nombradía no me bastaban. Podría el mundo aplaudirme, pero ni yo era bastante egoísta para satisfacerme con los aplausos ó con las bendiciones del mundo, ni estimaba tanto á la sociedad, que pudiera consagrarla aquellos esfuerzos y aquellos sacrificios que la sociedad no acepta, porque no los ve, ni los cree, porque no los comprende. Superior á la sociedad y al mundo, buscaba yo un estímulo, un juicio, una conciencia; un amor en fin, un ídolo de adoración y de belleza... ¡Oh!... le hay (Sofía le miraba, al decir esto, con visibles señales de admiración extraordinaria)... le hay, señorita, sino que un día creí, extraviado, que podía ser una mujer. Pude, pues, la pena de mi sacrilego error... El paso de mi juventud por la sociedad fué borrascoso, mientras que en mis continuas viradas no acerté á salir de aquel

golfo muerto... Buscaba un faro, olvidábame que había estrellas. El día del desengaño llegó, pero llegó muy tarde: la nave estaba vieja y averiada, y ha sido menester detenerse en el puerto para coronarla... Héme aquí, señora, todavía en medio de la sociedad por un instante... el último... He querido echar una mirada á este torbellino, en cuyo seno, señorita, yo también he concitado las tempestades. Ya no me volveré á ver; es la despedida de la sociedad... Ella no me rechaza, yo la dejo... He malgastado mi juventud, quiero no malgastar mi vida... Buscando la felicidad, he blasfemado del mundo que no me la daba; ¡necio de mí!... ¡como si el mundo la tuviera! No soy insensato ni misántropo, señorita... Yo le debo todavía la existencia, sino que no es á él á quien tengo que consagrarla... Por eso he venido aquí, señorita... como Vd... para decir adiós á este recinto, como el prisionero á sus compañeros de calabozo... Llámame de la puerta, no sé si al suplicio, si á la libertad... lo mismo es. He querido llevar mas viva la memoria de sus vanidades ó de sus seducciones, y me he complacido en recibir, en esas imprecaciones amargas y en esas acusaciones violentas, una corta expiación de mis errores, un castigo de aquella vanidad que en otro tiempo secó mi alma. Por eso, señorita, llamaba yo á esta noche, *mi última noche del mundo.*

VI.

Mucho tiempo despues de estas misteriosas palabras, Javier y Sofía seguían aun asidos del brazo. Ni él había dejado el mundo, ni su compañera había podido huir de él... No había llegado todavía el momento que en vano Javier había querido apresurar...

Aquel lenguaje enigmático y metafísico no había hecho en el ánimo de la joven meridional la impresión de desagrado que se hubiera podido creer. El estado de su corazón no repugnaba bastante á una mujer que había empezado por contarle una historia de desamor, coquetaría y desencantos.

Había, sin embargo, una diferencia señalada entre ambas existencias. Sofía se hallaba en la primavera de la vida; su compañero llegaba á los días que separan la canícula de la estación declinante. El desaliento de Sofía era el de la duda; aquel hombre, que había tomado irrevocablemente un partido ó aceptado resueltamente un papel, partía de convicciones profundas.

En el seno de aquel corazón desolado no había misantropía, mucho menos escepticismo. En el fondo de aquella conducta misteriosa, no solo aparecía una creencia, sino una inspiración.

La fantasía de aquel hombre sin ilusiones tenía imágenes; de sus labios fríos salían palabras de fuego, y en sus arranques de amargura y desencanto había un entusiasmo á que no siempre se eleva la pasión.

El seductor hipócrita se acusaba con verdad, y sus facciones austeras adquirían toda la animación del sentimiento. En torno de aquella existencia que parecía vulgar, reinaba una atmósfera nebulosa de misterio; él parecía querer franquearla sin reserva; y Sofía, en sus conatos de penetrarla, solo veía cruzar, como una nube cargada de electricidad, informes y deslumbrantes resplandores.

¡Triste y fatal condición de la mujer! No había conocido nuestra heroína que la compañía de Javier era interesante hasta que le dijeron que era peligrosa. Pero encontrábale tan poco ajustado al patrón de sus antiguos amantes, que no le representaba sentimientos ni temores de pasión.

Ni aquellas ideas eran para ella tan peregrinas, que no recordase como que alguna vez le habían pasado por la fantasía. Cuando al hablar se había realizado tanto la animación de sus facciones, parecíale recordar vagamente haberlas visto alguna vez, como en confuso ensueño, ó en otro parecido.

Notaba en las inflexiones de su voz un resto leve de dejo provincial, que no le era enteramente desconocido. Sus palabras le traían á la memoria pensamientos que la habían conmovido profundamente, ó páginas que la habían hecho desvelarse en extáticos insomnios. Se creyó con derecho, tanto como con poder, para particularizar aquella existencia, para asomar luz al abismo de aquellas tinieblas.

No quiso retroceder. Afectó creer que aquel hombre había querido amedrentarla con un pavoroso fantasma, y resolvió darle á entender que ella era bastante esforzada para arrostrar el miedo y desvanecer las abultadas apariencias de la visión temerosa.

Quiso interesarle con palabras de ternura; dióse el aplomo de una consumada coqueta que lucha con un hombre de mundo, y encontró todavía en su imaginación meridional miradas, ademanes, acentos y suspiros que, mas que de desafío, parecían sinceras tentativas de postrar aun á sus plantas aquel casi viejo trofeo.

A Javier parecía no quedarle otro mejor partido que abandonarse blandamente á aquel juvenil capricho. Era para él un reposo, y conocíase que le había sido familiar aquel ejercicio. Emplazado en aquella liza, volvió á su sencillez y á su ternura: era como el maestro de armas, que no quiere ofender á su novel adversario.

Solo que Sofía, arrebatada de un impulso fatal, y acechando á cada instante el flanco por donde sorprender los secretos de su vida, conseguía solo hacer saltar de un broquel de acero chispas ardiendo, que caían sobre un corazón de pólvora. Porque aquel hombre, que disertaba con mas fuego que aquel con que otros seducían, se defendía con mas vehemencia de afectos que la con que otros atacaban.

Pintando la desnudez de su corazón, caverna profunda, donde solo bandidos habían hecho lumbre, y en la cual no habían quedado más que cenizas y nombres escritos en las paredes, parecía que inspiraba el deseo de pasar una noche de tempestad en la guarida de aquel antro temeroso.

El festín seguía, la música no cesaba, los coros soltaban de cuando en cuando, á bocanadas de armonía, palabras de amor y de placer; y las respuestas de Javier eran á veces, como por paréntesis ó por digresión, ya el ardiente comentario, ya la antítesis lúgubre de aquellas estrofas, que seguía ó que trovaba.

No había nunca respirado Sofía una atmósfera tan cargada, un ambiente tan abrasador; nunca mayor vértigo había mareado su cabeza... No... aquel hombre no podía ser para ella una pasión; pero era un ideal, ideal tantas veces soñado, por tanto tiempo entre las aéreas apariciones de los ensueños confundido.

Teníase por avisada y segura, y dejábase arrebatar á los ardientes espacios de aquella esfera, como el aeronauta intrépido que, fiado en su para-caídas, no cuenta

con que, si el globo se incendia, pueden prender las llamas en su leve barquilla.

Era su última noche. Las puertas del gran mundo se cerraban para ella cuando se cerraran las de aquel salón. Sus peligros ó sus infortunios, sus avances ó sus compromisos, no podían ir demasiado lejos.

La resolución irrevocable de su destino le daba una confianza absoluta hasta para paladear el indefinible sentimiento, que iba apoderándose de ella, como del peñasco de la ribera la marea que sube.

Todos los hombres que habían pasado por delante de sus ojos eran como un manjar azucarado ó como una fruta suave. En este había algo de los licores amargos, de las infusiones de absintio, de las bebidas estimulantes, y hubo de llegar un momento en que deseó tener los bordes de la copa al alcance de sus labios.

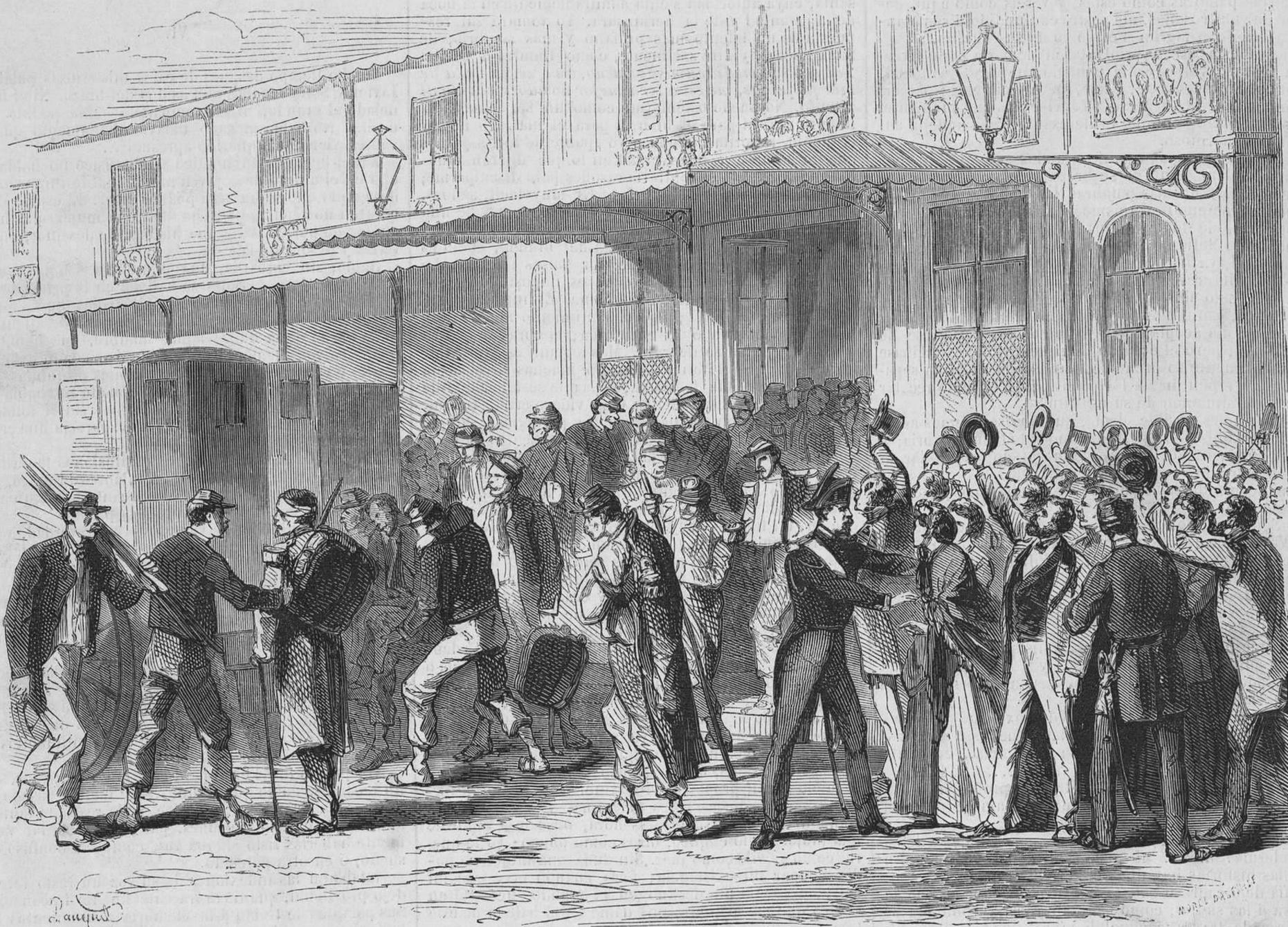
Javier en esta ocasión tenía que entrar en un rudo combate consigo mismo, y tomar una actitud muy violenta respecto á sus propias impresiones. Sofía no había visto de él, más que la austeridad ó el desencanto; no conocía una gran flaqueza de su carácter.

Aquel hombre, que era dueño absoluto de los afectos que nacían en su alma, no había sabido siempre resistir á la seducción de un sentimiento que en otro corazón adivinara.

Circunstancias particulares de su vida habían alejado de él por tanto tiempo esta prueba peligrosa, que le parecía fácil arrostrarla; pero al encontrarse delante de una situación que no había temido, empezó á sospechar con terror si sus propósitos de virtud ó sus apariencias de dureza eran otra cosa que la presunción de una vanidad menos firme que la fascinadora seducción á que otras veces había pagado doloroso tributo la debilidad de su impresionable carácter.

En combatir esta disposición de su alma había peligros grandes para su reposo; parecióle tal vez que no había tantos para su imprudente compañera en abandonarse á ella.

Atravesando los salones de aquel vasto edificio, habían llegado á un gabinete decorado á la oriental, que conocerán la mayor parte de nuestros lectores. Había allí un aire más puro, un aroma más suave, una luz



LA GUERRA. — Llegada de un convoy de heridos á la estación de Metz.

mas quebrantada, una soledad de silencio y unos divanes muelles y voluptuosos.

Sofía, arrancando el tafetan de su rostro á la puerta de aquel santuario, se presentó á los ojos de Javier resplandeciente de una hermosura en toda su pureza y en toda su lozanía.

Acaso á la luz del día hubiera notado en derredor de sus ojos un cerco levemente amoratado, huella de precoces padecimientos; pero la agitación de aquella noche y el calor del antifaz lo habían borrado enteramente, dando, por el contrario, á su finísima tez un esmalte brillantado, como el barniz bruñido de un rostro de cera.

Sus ojos grandes y centellantes vagaban en un fluido etéreo, y al dejarse caer rendida sobre los blandos cojines, parecía una beldad de las historias griegas abandonada á la merced de un rudo y atezado corsario.

Si Javier al presumir de que no era ya hombre de pasiones, hubiera dicho que no era hombre de sentidos, habría desmentido más que su color bilioso y la infla-

mación de sus ojos, la inflexión de su voz en su trémula garganta, y las palpitaciones, casi resonantes, de su corazón, comprimido y sublevado.

Había frecuentado demasiado una sociedad de mujeres exhaustas y frías, para que la proximidad de un joven en toda la verde pompa de su exuberante juventud no hiciera circular en sus venas torrentes de sangre deshelada, como se sueltan espumosos los arroyos de la sierra al primer sol ardiente de primavera que se levanta.

Como había asistido al último festín del mundo, acaso creyó que podía dar á sus sensaciones el brindis del último banquete.

Y tanto mayor podía ser el incentivo de su esperanza, cuanto más Sofía quería estrechar el círculo de su intimidad en provecho de sus averiguaciones, ignorando, en su inexperiencia, hasta dónde podía en tales momentos verse sorprendida por un adversario poco generoso.

Javier, más experto, pudo dejarse llevar de aquel arti-

ficio, manteniendo á la incauta joven en la ilusión de su sinceridad, al tiempo mismo que conservaba todo su nebuloso misterio.

Si por las respuestas de Javier no se aclaraban sus dudas, no le quedaba más recurso que culpar á la propia torpeza, no á la ajena reserva.

Aquel hombre nada le ocultaba: tenía un nombre, no le había supuesto; pero un nombre bastante parecido á todos los demás que, en esta época de reputaciones nuevas ó de celebridades efímeras, habían llegado con más ó menos estrépito hasta sus oídos.

Javier tenía una familia; tenía madre, tenía deudos, tenía amigos, que se llamaban como todas las madres y todos los parientes del mundo. Javier había nacido en un pueblo, cuyo nombre y señas podían darse sin que la pobre Sofía quedase orientada de su situación topográfica.

(Se continuará.)